

AAU

AMERICAN ANDRAGOGY
UNIVERSITY



Santiago Camacho

Biografía no autorizada del Vaticano

NAZISMO, FINANZAS SECRETAS,
MAFIA, DIPLOMACIA OCULTA
Y CRÍMENES EN LA SANTA SEDE

mr-ediciones

Documento de p. 202: archivo personal del autor.
Primera edición: septiembre de 2005

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2005, Santiago Camacho
© 2005, Ediciones Martínez Roca, S.A.
Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid
www.mrediciones.com
ISBN: 84-270-3171-8
Depósito legal: M. 31.602-2005
Fotocomposición: J.A. Diseño Editorial, S.L.
Impresión: Brosmac, S.L.

Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
1. PACTANDO CON EL DIABLO. MUSSOLINI Y PÍO XI.....	17
2. EL MERCADER EN EL TEMPLO. BERNARDINO NOGARA, EL CONSTRUCTOR DE LAS FINANZAS VATICANAS.....	43
3. EL PAPA DE HITLER. PÍO XII Y EL TERCER REICH	53
4. EL BANCO DE DIOS. EL INSTITUTO PARA LAS OBRAS DE RELIGIÓN	75
5. EL OTRO HOLOCAUSTO. EL VATICANO Y EL GENOCIDIO EN CROACIA.....	89
6. RATAS A LA CARRERA. EL VATICANO AL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.....	107
7. HACIENDO BALANCE. EL VATICANO Y LA POSGUERRA.....	117

8. EL PAPA QUE NO FUE. GREGORIO XVII Y JUAN XXIII.....	133
9. EL BANQUERO DE LA MAFIA, MICHELE SINDONA Y PABLO VI.....	143
10. PROPAGANDA DUE. LA MASONERÍA FASCISTA	159
11. LA SOMBRA DE SAN PEDRO. EL NUEVO PODER DE MICHELE SINDONA.....	183
12. ALTAS FINANZAS, ALTOS DELITOS. LA INCREÍBLE HISTORIA DE LOS BONOS FALSOS	193
13. EL CRACK SINDONA. EL HUNDIMIENTO DE LAS FINANZAS VATICANAS	213
14. 33 DÍAS. LA PREMATURA MUERTE DE JUAN PABLO I.....	231
15. UN COMIENZO ACCIDENTADO. EL ESCÁNDALO DEL BANCO AMBROSIANO	255
16. EL JUICIO FINAL. LOS DESTINOS DE PAÚL MARCINKUS, MICHELE SINDONA Y LICIO GELLI	275
17. EL GOLPE. LOS NUEVOS ESCÁNDALOS FINANCIEROS DEL VATICANO.....	289
18. LA MALA EDUCACIÓN. LOS ESCÁNDALOS SEXUALES DEL CLERO..... EPÍLOGO	303
BIBLIOGRAFÍA	319
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	327

*A Antonia,
qué menos que dedicarte el fruto de todas
las horas que te he robado.*

Porque la raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos sufrimientos.

(1 Tm. 6:10)

Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí...

(Mt. 15:8)

INTRODUCCIÓN

LO QUE NO ES SAGRADO

Antes de comenzar a desarrollar a lo largo de los próximos capítulos la apasionante historia de uno de los mayores y más desconocidos centros de poder del mundo, existen algunas cuestiones que sería necesario aclarar para, en la medida de lo posible, evitar malentendidos. Ante todo quisiera explicar el título de este libro. Me he permitido la licencia de utilizar el término «biografía», ya que, aunque éste se debería aplicar exclusivamente a las personas, la «biografía no autorizada» se ha convertido en un género literario que en las últimas décadas ha ido adquiriendo entidad propia.

Cuando el lector encuentra en la cubierta de un libro las palabras *biografía no autorizada* sabe que puede estar seguro de que la obra en cuestión habrá causado el disgusto del biografiado por recoger en sus páginas todos los hechos polémicos, escandalosos o poco decorosos que el protagonista hubiese preferido que nunca jamás apareciesen en unas memorias. Así pues, partiendo de esta premisa, esta «biografía» del Vaticano es, sin duda, «no autorizada».

Sin embargo, y a pesar de la cualidad de «no autorizado» de nuestro relato, hay una consideración que estimo necesario ha-

cer. Éste no es un libro anticatólico, y mucho menos antirreligioso. En sus páginas no leerá temas que afecten a la doctrina de la fe cristiana en general ni de la católica en particular, más allá de algunas explicaciones que se han considerado necesarias para arrojar luz sobre determinadas cuestiones que de otra manera no hubieran quedado suficientemente aclaradas.

Se suele decir que en el Vaticano todo lo que no es sagrado es secreto. Pues bien, vamos a dejar a un lado lo sagrado y nos centraremos en lo secreto, en concreto en los aspectos menos conocidos de la política, la diplomacia y, sobre todo, la economía del Vaticano, un Estado soberano que, como todas las naciones que en el mundo han sido, ha debido en múltiples ocasiones perder de vista la estricta observancia de la moralidad para asegurar su propia supervivencia y prosperidad. En este sentido, me atrevería a decir que se podría haber escrito un libro similar casi sobre cualquier otra nación del mundo.

Nadie debería sentirse ofendido ni atacado en lo tocante a sus creencias, pues el objetivo de este trabajo son cuestiones completamente alejadas de lo espiritual. No es que tenga excesiva fe en que estas palabras sirvan para aplacar a los detractores que de seguro tendrá la presente obra, y que se empeñarán en sentirse agraviados por lo que tan sólo es una recopilación de hechos fruto del estudio de una extensa bibliografía. A ellos no me queda otra cosa que recordarles las Sagradas Escrituras: «¡Y ahora resulta que por decirles la verdad me he vuelto su enemigo!».¹

Éste es un libro que cuenta lo que sucede tras los muros de la capital del catolicismo: las luchas por el poder, las intrigas políticas internas y externas, las maniobras económicas de altos vuelos... Es precisamente en este terreno donde haremos especial hincapié, pues llama poderosamente la atención que, a excepción

1. Calatas 4:16.

INTRODUCCIÓN

del descubrimiento en 2002 de la magnitud que habían alcanzado los casos de abuso de menores en el seno de la Iglesia, la práctica totalidad de los escándalos que han salpicado a la Santa Sede a lo largo del siglo xx están marcados, en mayor o menor medida, por lo económico. Uno llega incluso a preguntarse cómo es posible que una sola institución haya estado envuelta en tantas actividades económicas fraudulentas. Algunas posibles respuestas a esta cuestión se encuentran en las siguientes páginas. La causa fundamental de ello es la tradicional falta de transparencia de la Santa Sede y de sus instituciones económicas. Gran cantidad de ejemplos históricos nos indican que cuanto mayor es el grado de secreto de una organización tanto más fácil es que la corrupción anide en su seno sin que sea advertida ni siquiera por muchos de sus integrantes.

Aparte de esto, el dinero y la religión hacen muy malas migas. La opulencia vaticana ha servido para atraer a personajes no precisamente santos, que, unas veces sorprendiendo la buena fe de los administradores de la Santa Sede, y otras con la complicidad de éstos, han llevado a la institución a situaciones sumamente embarazosas. Otras veces las amistades peligrosas se aproximaban no tanto al calor del dinero como de la afinidad ideológica. Durante casi todo el siglo xx, el gran enemigo de la Iglesia católica fue el comunismo, y era lógico que aquellos que compartían esa enemistad miraran hacia Roma en busca de una alianza. Lo malo es que entre estos «enemigos de mis enemigos» había compañeros de viaje tan poco recomendables para proyectar una imagen de santidad como la nómina al completo de los dictadores fascistas de Europa y América del Sur, los servicios de inteligencia de diversas naciones o la Democracia Cristiana italiana, antaño fuertemente vinculada con la mafia.

Si a todo lo anterior le sumamos los eternos rumores que han ido naciendo al abrigo de la opacidad vaticana, como los referentes a la infiltración masónica en la Santa Sede, los de juego sucio

BIOGRAFÍA NO AUTORIZADA DEL VATICANO

en algunos cónclaves o el misterio que aún envuelve la prematura muerte de Juan Pablo I o el atentado contra Juan Pablo II, ya tenemos ingredientes más que suficientes para una «biografía no autorizada».

Por último, el lector se dará cuenta de que en esta obra nos centramos más en el *cómo* que en el *porqué* de la historia que narramos. Ello se debe a que, sin sacrificar en modo alguno el rigor, sí hemos querido priorizar la amenidad del relato. Por esta misma razón todos los asuntos económicos que se tratan en el libro han sido simplificados en aras de la comprensión, ya que algunas de las tramas financieras a las que nos referiremos presentan una complejidad al alcance de un grupo muy reducido de iniciados. No obstante, el lector que quiera profundizar con más detalle en alguno de los temas que aquí se tratan encontrará una amplia bibliografía que espero le sea de tanta ayuda como a mí.

Córdoba, 24 de junio de 2005

PACTANDO CON EL DIABLO MUSSOLINI Y PÍO XI

El, Estado Vaticano, tal como lo conocemos hoy, nace con la firma del Tratado de Letrán el 11 de febrero de 1929, pero para llegar hasta ahí el trono de San Pedro tuvo que atravesar un prolongado período de decadencia a lo largo de 59 años que a punto estuvo de comprometer su existencia. La salida de aquella situación vendría de la mano de Pío XI, que no dudó a la hora de pactar con el mismo diablo, encamado en la figura de Benito Mussolini, para salvar a la Santa Sede de la ruina.

A comienzos de 1929, poco imaginaba el mundo la tremenda crisis económica a la que tendría que hacer frente apenas unos meses más tarde. Sin embargo, la miseria ya llevaba tiempo instalada entre los, sólo aparentemente, opulentos muros del Vaticano. Hacía tiempo que los números rojos habían impuesto su dictadura en las arcas vaticanas. La quiebra en 1923 del Banco de Roma, donde se gestionaban todas las cuentas de la Santa Sede, supuso un serio quebranto para las finanzas pontificias, a pesar de que la institución fue salvada en última instancia por Mussoli-

ni que aportó 1.750 millones de liras. Esta aportación fue un primer acercamiento entre la Santa Sede y los fascistas, lo que dejó prácticamente indefenso al Partido Católico, única fuerza democrática con suficiente implantación como para plantarle cara a los seguidores del Duce (título equivalente al de caudillo en español). De hecho, a raíz de esta intervención, las jerarquías prohibieron que los clérigos militasen en este partido, lo que según diversos analistas allanó de forma notable el ascenso al poder de Mussolini.

Pero el balón de oxígeno que supuso el reflote del Banco de Roma no había sido suficiente. El palacio de Letrán necesitaba urgentes reformas y el personal de la Santa Sede había sido reducido a su mínima expresión para minimizar los gastos lo máximo posible. Nunca la Iglesia había estado tan cerca del ideal de pobreza de los primeros cristianos. Las causas de este estado eran múltiples, y entre ellas cabe destacar no sólo la mala suerte financiera, sino el catastrófico efecto que para las cuentas papales había tenido el proceso de reunificación de Italia, que tuvo lugar en el siglo XIX. Este hecho histórico privó, además, al Vaticano de muchos de sus recursos económicos, en especial grandes extensiones de terreno —los Estados Pontificios que ocupaban buena parte de la Italia central— que habían proporcionado a la Santa Sede unas saneadas rentas.

Incluso el pontífice había tenido que soportar la humillación de ser «invitado a abandonar» el palacio del Quirinal, en el centro histórico de Roma, que fue ocupado por la familia real y el presidente. A partir de entonces se sucedieron varios intentos infructuosos de alcanzar un acuerdo. En 1871 el gobierno italiano garantizó al papa Pío IX, por medio de la llamada Ley de Garantías, que tanto él como sus sucesores podrían disponer del Vaticano y del palacio de Letrán. También se les indemnizaría con 3.250.000 liras anuales como compensación por la pérdida de los Estados Pontificios. Los representantes de la Iglesia

se negaron en redondo a aceptar estas condiciones. Para ellos la cuestión de la soberanía era fundamental, ya que, según su parecer, era imprescindible para el cumplimiento de su misión espiritual que la sede de la Iglesia se mantuviera independiente de cualquier poder político.

Así pues, a partir de ese momento los papas pasaron a considerarse a sí mismos como «prisioneros» dentro del Vaticano.

SEÑORES DEL CIELO Y LA TIERRA

Para entender hasta qué punto debieron de sentirse agraviados ante esta situación, y cómo se llegó a este punto, baste hacer un somero repaso de la historia de la Santa Sede y de algunos de los papas más importantes.

Desde la promulgación del Edicto de Milán por Constantino en 312 hasta la reforma protestante de 1517, los papas habían sido el poder hegemónico en Europa. El papa, como vicario de Cristo en la Tierra, tiene un poder ilimitado. Reyes y emperadores debían arrodillarse ante él. El IV Concilio de Letrán, en 1215, estableció que el obispo de Roma tenía autoridad no sólo en temas espirituales o pastorales, sino también en asuntos materiales y políticos.¹ El poder del papa radicaba en su calidad de estadista

1. «El señor concedió a Pedro», estableció el papa Inocencio III, «no sólo el gobierno de la Iglesia, sino del mundo. Ahora podéis ver quién es el servidor que es puesto sobre la familia del Señor; verdaderamente es el vicario de Jesucristo, el sucesor de Pedro, el Cristo del Señor; puesto entre Dios y el hombre, de este lado de Dios, pero más allá del hombre; menos que Dios, pero más que el hombre; quien juzga a todos, pero no es juzgado por nadie». Antes, en el siglo IX, el papa Esteban V había ido aún más lejos en su entusiasmo retórico: «Los papas, como Jesús, son concebidos por sus madres al ser cubiertas por el Espíritu Santo. Todos los papas son una especie de hombres-dioses, con el propósito de ser más capaces de servir las funciones de mediadores entre Dios y la humanidad. Todos los poderes del cielo y de la tierra les son concedidos». Durant, Will, *The Age of Faith*, Simón & Schuster, Nueva York, 1950.

y de vigilante del equilibrio entre los distintos estados. El papa, como los jefes de Estado, disponía de ejércitos y de territorios para enfrentar eventuales amenazas que se pudieran presentar.

Tras la caída del Imperio romano, el papa había ocupado el papel que antaño desempeñó el cesar. Un ejemplo de su poder es el papel que tuvieron en la mediación entre España y Portugal, monarquías que acataron la Bula Intercaetera, que dividió el continente americano en 1493. Los obispos sólo tenían que rendir cuentas ante el papa, que era quien los nombraba y destituía.²

El poder de los papas era tal que fueron capaces de destronar a reyes y emperadores, o bien obligarles a usar su poder secular para hacer cumplir la Inquisición, que era conducida por sacerdotes y monjes católicos. La culminación de esta escalada de poder absoluto ocurrió en 1870, cuando el papa fue declarado infalible. Lo que la mayoría de la gente no sabía, y aún hoy desconoce, es que este proceso fue influido por documentos falsificados elaborados para alterar la percepción que los cristianos tenían de la historia del papado y de la Iglesia. Una de las falsificaciones más famosas son los *Falsos decretos de Isidoro*, escritos alrededor de 845. Se trata de 115 documentos supuestamente escritos por los primeros papas.

LA CASA DE LAS FALSIFICACIONES

Sobre la falsedad de estos textos no existen dudas y la propia Enciclopedia Católica admite que son falsificaciones, aunque en

2. Williams, Paul L., *Everything You Always Wanted to Know About the Catholic Church but Were Afraid to Ask for Fear of Excommunication*, Doubleday, Nueva York, 1990.

cierto sentido los disculpa. Dice que el objetivo del engaño era permitir a la Iglesia ser independiente del poder secular, e impedir al laicado gobernar la Iglesia, lo que dicho claramente no es otra cosa que aumentar el poder del papa. Más grave, si cabe, que la alteración de documentos era la manipulación de documentos existentes a los que se añadía material según la conveniencia del papa de turno. Esto era muy sencillo, en especial en la época en que para la preservación de los documentos se dependía exclusivamente del trabajo de copistas y bibliotecarios, que, en su totalidad, eran clérigos.

Una de estas manipulaciones es una carta que ha sido atribuida falsamente a san Ambrosio, en la que se hizo afirmar al santo que si una persona no está de acuerdo con la Santa Sede puede ser considerada hereje. Otra falsificación famosa, ésta del siglo ix, fue la «Donación de Constantino», según la cual el emperador Constantino concedió el gobierno de las provincias occidentales del Imperio romano al obispo de Roma. Este tipo de cosas ocurría con tanta frecuencia que los cristianos ortodoxos griegos se referían a Roma como «la casa de las falsificaciones». No es de extrañar: durante trescientos años los papas romanos utilizaron este tipo de añagazas para reclamar autoridad sobre la Iglesia en Oriente. El rechazo de estos documentos por parte del patriarca de Constantinopla culminó con la separación de la Iglesia ortodoxa.

Hoy día aún permanecen vigentes muchos de aquellos errores. El *Decretum gratiani*, una de las bases del derecho canónico, contiene numerosas citas de documentos de dudosa autenticidad. Pero no es el único texto de capital importancia en la historia de la Iglesia cuyas fuentes son harto discutibles. En el siglo xin, Tomás de Aquino escribió la *Summa theologica* y otras obras que se cuentan entre las más trascendentes de la teología cristiana. El problema es que Aquino utilizó el *Decretum* y otros documentos contaminados pensando que eran genuinos.

En cierto sentido, el tema de los documentos falsificados tiene mucho que ver con el del tráfico de reliquias falsas tolerado, cuando no fomentado, por la Santa Sede durante siglos. Verdaderas o falsas, las reliquias hacían más firmes las creencias de los fieles. Su posesión se convirtió en la Edad Media en una verdadera fiebre, algo a lo que ayudaron diversos factores tanto religiosos como políticos y económicos. Las reliquias más apreciadas eran las que se relacionaban con la vida de Cristo, llegando a contarse más de cuarenta sudarios, treinta y cinco clavos de la pasión e innumerables astillas de la Cruz. También se comerciaba con toda suerte de objetos que tuvieran relación, real o no, con cualquier personaje de la corte celestial. El saqueo de Constantinopla por los cruzados en 1204 produjo una enorme inflación de supuestos restos sagrados por todo Occidente, alimentada no tanto por el expolio de la ciudad cuanto por la creciente oferta de talleres orientales especializados en la fabricación de semejantes *souvenires*.

EL PRINCIPIO DEL FIN

No obstante, aun siendo grande, el poder de los papas no era eterno. La reforma protestante supuso el comienzo de un lento pero inexorable proceso de decadencia en el poder temporal de los pontífices. Impuestos y donaciones dejaron de fluir de las prósperas tierras del norte de Europa. Este proceso histórico fue dejando exhaustos los cofres papales. En 1700, durante el pontificado de Clemente XI, la Iglesia debía quince millones de escudos. En menos de medio siglo esa deuda ya se había multiplicado casi por diez.

La Revolución francesa privó a la Iglesia de sus posesiones en Francia y, peor aún, fue la antesala del saqueo de Roma por parte de las tropas de Napoleón, que pretendía cobrar a los Estados Pontificios un tributo que éstos no podían pagar. En 1797

Napoleón Bonaparte tomó Roma y se apoderó de numerosos tesoros artísticos. Tras el Congreso de Viena de 1815, Roma pasó de nuevo a manos del papado. Pese a todo, la ocupación de Italia por Napoleón estimuló una reacción nacionalista, y, en 1861, Italia se unificó bajo la casa de Saboya. Pero Roma no se incorporó al reino de Italia y hasta 1870 no pudo ser ocupada.

Por otro lado, el providencial recelo de la Iglesia hacia los adelantos científicos hizo que los Estados Pontificios no se beneficiaran de la Revolución industrial, convirtiéndose en una de las zonas más atrasadas de Europa con un potencial económico que disminuía poco a poco.

En este proceso final tuvo mucho que ver la escasa cintura política, cuando no el abierto empecinamiento de Pío IX, el último «papa rey». Este peculiar pontífice era epiléptico y de carácter bastante impulsivo. El 16 de junio de 1846, Giovanni Maria Mastai Ferretti era ungido en el sitial de San Pedro con el nombre de Pío IX para suceder a Gregorio XVI. El cónclave demoró cuatro rondas antes de coincidir en su nombre, hostigado por la corriente conservadora que acusaba a Ferretti de progresista (más tarde se comprobaría lo equivocados que estaban). Una de sus primeras medidas —poner en libertad a dos mil presos políticos que se morían en las mazmorras de los Estados Pontificios— pareció confirmar esa sospecha; una fracción de purpurados consideró que ese acto desautorizaba la política intransigente de Gregorio XVI y favorecía las maniobras de los masones, su particular bestia negra, a la que culpaba de todos los males del mundo.

En 1864 Pío IX publicó el notorio *Syllabus de errores*, en el que se condenaban los ideales liberales como la libertad de conciencia y la separación de Iglesia y Estado. Por otra parte, Pío Nono fue el papa que convocó el I Concilio Vaticano, con el expreso propósito de definir como dogma de fe la doctrina de la infalibilidad papal, un punto que desató no pocas controversias entre los asistentes al concilio.

Como buenos conocedores de la historia de los papas, varios obispos católicos se opusieron a declarar la doctrina de la infalibilidad papal como dogma en el concilio de 1869-1870. En sus discursos, un gran número de ellos mencionó la aparente contradicción entre semejante doctrina y la reconocida inmoralidad de algunos papas. Uno de estos discursos fue pronunciado por el obispo José Strossmayer. En su argumento contra el edicto de la «infalibilidad» como dogma, mencionó como algunos papas se habían manifestado contrarios a la doctrina de papas anteriores, haciendo referencia especial al papa Esteban, que llevó a juicio al papa Formoso. La historia en cuestión es esperpéntica, ya que el papa Formoso había muerto ocho meses antes. Sin embargo, su cadáver fue exhumado y llevado a juicio por el papa Esteban. El cadáver, putrefacto, se situó en un trono. Allí, ante un grupo de obispos y cardenales, lo ataviaron con las vestimentas del papado, se puso una corona sobre su calavera y el cetro en los cadavéricos dedos de su mano. Mientras se celebraba el juicio, el hedor del muerto llenaba la sala. El papa Esteban, adelantándose hacia el cadáver, lo interrogó. Claro está, no obtuvo respuesta, y el papa difunto fue sentenciado culpable de todas las acusaciones. Entonces le fueron quitadas las vestimentas papales, le arrebataron la corona y le mutilaron los tres dedos que había usado para dar la bendición papal. Después arrastraron el cadáver putrefacto, atado a una carroza, por las calles de la ciudad, tras lo cual fue arrojado al Tíber. Sin embargo, no acaba ahí la historia, ya que después de la muerte del papa Esteban, el siguiente papa romano rehabilitó la memoria de Formoso.

REVUELTAS POPULARES

El citado es sólo el más llamativo de muchos otros casos. Después de su muerte, el papa Honorio I fue acusado de hereje por

el VI Concilio, en el año 680. El papa León confirmó su condena. Posteriormente, el papa Virgilio, tras sancionar libros, retiró su condena; luego los volvió a sancionar y una vez más retiró la condena, para más tarde volver a revocar esta decisión. En el siglo xi hubo tres papas rivales al mismo tiempo. Todos ellos fueron depuestos por el concilio convocado por el emperador Enrique III. Y así podríamos citar decenas de ejemplos similares.

A pesar de estos argumentos, Pío IX consiguió que la infalibilidad del papa fuera declarada dogma de fe. Su espíritu conservador y su casi paranoica obsesión con los masones le hizo no comprender la magnitud imparable del movimiento nacional italiano, al que se opuso sistemáticamente, así como a conceder el sufragio a los subditos de los Estados Pontificios. La tensión máxima estalló cuando el papa se negó a apoyar a los nacionalistas que luchaban por liberar Italia del dominio austríaco. Los italianos sintieron este abandono como una afrenta, dando lugar a un levantamiento que comenzó el 15 de noviembre de 1849, cuando la turba asesinó al conde Pellegrino Rossi, el primer ministro de los Estados Pontificios. Al día siguiente, el Quirinal, la residencia de verano del pontífice, fue saqueada, y murió en la refriega Palma, uno de los prelados de la corte.

Dado que la situación era insostenible. Pío IX no tuvo más remedio que huir disfrazado de Roma el 24 de noviembre³ y establecerse temporalmente en Gaeta, cerca de la costa mediterránea. El 9 de febrero de 1849 se proclamó la República Romana por parte de Giuseppe Mazzini, Carlo Armellini y Aurelio Saffi. No obstante, la nueva república no iba a tener una vida demasiado prolongada. Desde su exilio, el papa pidió ayuda a los católicos de Europa, logrando una intervención de las tropas francesas que

3. McBrien, Richard P., *Lives of the Popes*, Harper, San Francisco, 1997.

g e; pontífice regresara a la ciudad el 12 de abril de 1850. Pero el destino de los Estados Pontificios ya estaba sellado. Ni la fuerza, ni la persuasión, ni tan siquiera la amenaza de excomunicación impidió que en los años siguientes los territorios papales fueran proclamando, uno a uno, su independencia. Con la llegada de la unidad de Italia, el último «papa rey» se vio desposeído de las regiones de la Romana (1859), Umbria, las Marcas (1860) y, en 1870, la misma Roma, con la conocida toma de Porta Pía, el 20 de septiembre, que marcó el fin del poder temporal de los papas. Las posesiones del papa pasaron a ser unos simples 480.000 metros cuadrados en el centro de Roma.

Pío Nono murió el 7 de febrero de 1878. Por aquel entonces, el pueblo italiano aún guardaba rencor a aquel pontífice que no había sabido entender sus ansias de independencia. Prueba de ello es que su cortejo fúnebre fue atacado por la multitud, que pretendía arrojar los restos del pontífice al Tiber, como ocurrió siglos antes con el papa Formoso. Sólo la oportuna intervención de las tropas impidió que se consumara la profanación del cadáver.⁴

DE MAL EN PEOR

Los sucesores de Pío IX no contribuyeron demasiado a mejorar la difícil situación que dejó el pontífice tras su muerte. El hábil diplomático León XIII evitó que la fractura entre la Iglesia y los regímenes democráticos se hiciera aún mayor, aconsejando a los católicos franceses la adhesión al régimen republicano y señalando que cualquier forma de gobierno era digna de aprobación si res-

4. Bokenkotter, Thomas, *A Concise History of the Catholic Church*, Image Books, Garden City, 1979.

petaba los derechos del hombre. Durante su pontificado comenzó a hacerse sentir la falta de los ingresos procedentes de los Estados Pontificios.

El 9 de agosto de 1903 fue coronado Pío X. Continuator del pensamiento de Pío IX, emitió un decreto en forma de motu proprio titulado *Sacrorum antistitum.*, en el que solicitaba de todos los clérigos un voto en contra del «modernismo, síntesis de todas las herejías».⁵ En este texto podemos ver como vuelve a florecer la obsesión de Pío IX: «Nos parece que a ningún obispo se le oculta que esa clase de hombres, los modernistas, cuya personalidad fue descrita en la encíclica *Pascendi dominici gregis*, no han dejado de maquinarse para perturbar la paz de la Iglesia. Tampoco han cesado de atraer adeptos, formando un grupo clandestino; sirviéndose de ello inyectan en las venas de la sociedad cristiana el virus de su doctrina, a base de editar libros y publicar artículos anónimos o con nombres supuestos. Al releer nuestra carta citada y considerarla atentamente, se ve con claridad que esta deliberada astucia es obra de esos hombres que en ella describíamos, enemigos tanto más temibles cuanto que están más cercanos; abusan de su ministerio para ofrecer su alimento envenenado y sorprender a los incautos, dando una falsa doctrina en la que se encierra el compendio de todos los errores».

Pío X fue el primer papa en no ser embalsamado mediante la evisceración y drenaje de la sangre, ya que se encargó de abolir esta práctica antes de su muerte. Este decreto tuvo consecuencias bastante desastrosas para los restos mortales de algunos de sus sucesores. En el caso de Pablo VI, que murió en 1978, los amortajadores sólo prepararon el cadáver para un ataúd cerrado. Apenas dos días después de ser exhibido, la piel del papa comenzó a decolorarse, su mandíbula se hundió y sus uñas se oscu-

5. *Acta apostolice sedis*, 9 de septiembre de 1910, núm. 17.

recieron. El cadáver de Pío XII fue tan mal conservado en 1958 que los cuatro hombres que hacían guardia en el Vaticano tenían que cambiar cada quince minutos porque no podían soportar el olor. Más extraño fue el caso de Juan Pablo I, cuyo rostro se volvió inexplicablemente verde, lo que aumentó los rumores respecto a un posible envenenamiento.

UN PAPA DÉBIL

El sucesor de Pío IX fue Benedicto XV. Sus detractores decían que su figura era fiel reflejo de la propia decadencia de la Iglesia. En efecto, su apariencia era frágil y poco agraciada a causa de un accidente sufrido en la infancia. Durante su reinado quedó más claro que nunca que la influencia del Vaticano apenas era la sombra de lo que había sido en el pasado. Sus esfuerzos mediadores durante la Primera Guerra Mundial fueron rechazados por ambos bandos en conflicto.⁶ Intentó un acercamiento a las fuerzas anticlericales, llegando a calificar la Revolución rusa de «triunfo contra la tiranía». De poco le sirvieron estas palabras: el comunismo pronto se reveló como una doctrina irreconciliablemente anticristiana y como una de las mayores amenazas para la Iglesia de la época.

En Italia se vio igualmente incapaz de controlar la pugna entre los extremismos de izquierda y derecha, que culminó con el triunfo del fascismo. La Iglesia se había vuelto tan débil que no pudo impedir que los extremistas tomaran al asalto los templos y se subieran a los pulpitos a declamar sus arengas ante los atónitos feligreses. Ante esta situación, en 1919, el mismo año en que se crea el movimiento fascista, se funda el Partido Popular Italia-

6. Pollard, John E, *The Unknown Pope: Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace*, Casell Academia, Washington, 1999.

no, cuyo primer secretario es un sacerdote de Caltagirone, don Luigi Sturzo, que intentó mantener las tesis cristianas en medio de aquella enrarecida arena política.

En 1920, cuando empezaron las reuniones de la Sociedad de Naciones, Benedicto XV publicó una nueva encíclica, *Pacem Dei munus*, en la que reclamaba sus derechos como soberano de un Estado. Sin embargo, los líderes internacionales hicieron oídos sordos a la encíclica, a consecuencia de lo cual la Santa Sede no pudo participar en los trabajos de la Sociedad de Naciones, sobre todo debido a la oposición del delegado italiano en la misma, Nitti.

En el aspecto financiero las cosas no iban mucho mejor. Durante el pontificado de Benedicto XV el presupuesto del Vaticano se redujo hasta ser apenas una cuarta parte del de la época de León XIII. El 22 de enero de 1922, Benedicto XV fallecía en el Vaticano víctima de una epidemia de gripe. Sus últimas palabras fueron: «Ofrecemos nuestra vida para la paz del mundo».

El siguiente papa en acceder al trono de San Pedro fue Pío XI, Ambrogio Damiano Achille Ratti, que lo hizo entre 1922 y 1939. Nació el 31 de mayo de 1857 en Desio, Italia, en el seno de una familia acomodada dedicada a la industria textil. Cursó estudios en las universidades Lombarda y Gregoriana de Roma, y fue ordenado sacerdote el 27 de diciembre de 1879. Entre 1882 y 1888 fue catedrático de teología en el seminario de Milán. Mantuvo siempre viva su actividad pastoral, dándose en ocasiones tiempo para practicar el montañismo. Al igual que el recientemente fallecido Juan Pablo II, era un experto en esta práctica. (Se cuenta que en su juventud emprendió la subida del Monte Rosa y aguantó durante toda la noche una feroz tormenta alpina colgado de una cornisa.) Achille se dedicó al estudio de la paleografía. Hasta 1910 fue bibliotecario y posteriormente director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, y prefecto de la Biblioteca Vaticana en Roma. En estos cargos tuvo ocasión de familiarizarse con la historia política y los acontecimientos de su época, lo que le aportó

el bagaje teórico necesario para realizar una visita apostólica a Polonia, devastada por la guerra en 1918, por orden del papa Benedicto XV. Este viaje le sirvió para demostrar que estaba excepcionalmente dotado para las tareas diplomáticas. Su habilidad y celo le valieron el nombramiento de nuncio de Su Santidad en este país en 1919. Dos años después recibió la dignidad de cardenal y arzobispo de Milán, y en 1922 sucedería al papa Benedicto XV.

RATAS EN SAN PEDRO

Quizá la circunstancia que mejor simbolice la terrible situación financiera a la que se había visto abocada la Santa Sede tras estas últimas décadas tan turbulentas fue la plaga de ratas que, como una condenación bíblica, se adueñó del Vaticano. Sin embargo, no se trataba de ninguna maldición, sino de una concatenación de causas y efectos lógicos. La falta de dinero había hecho que la red de alcantarillado del Vaticano se encontrara en un estado de abandono superior al resto de las instalaciones. Inundaciones, atascos y derrumbes estaban a la orden del día sin que nadie hiciera nada para remediarlo. En estas condiciones, los roedores se multiplicaron sin freno y fue sólo cuestión de tiempo que comenzaran a salir a la superficie.

Aquellos animales, asociados tradicionalmente por el folclore con la figura de Satanás, tenían un comportamiento sacrilego que no desmerecía en absoluto su fama. No respetaban ni las sepulturas de los pontífices de la antigüedad ni la residencia del actual. Su ansia destructiva se aplicaba con igual saña a los tapices (ya muy castigados por la polilla) y al mobiliario. La situación alcanzó un punto tan alarmante que ya no se guardaban hostias consagradas en los sagrarios por miedo a que los roedores comestieran la más terrible de las profanaciones para un católico: mancillar el cuerpo de Cristo.

En medio de aquella situación, a muchos les parecía irónico que el apellido del papa fuera precisamente Ratti.⁷

La elección de Pío XI fue complicada y no se decidió hasta después de quince votaciones. No obstante, fue un cónclave relativamente corto si se compara con los anteriores. Como en tantas otras ocasiones, el cónclave se encontraba dividido entre los más conservadores, partidarios del cardenal español Rafael Merry del Val, y los progresistas, cuyas simpatías se decantaban por el cardenal Gasparri.

El nuevo pontífice pronto demostró que su pontificado no iba a ser intrascendente. Pío XI, nada más ser elegido, hizo algo que no habían hecho ni Pío X ni Benedicto XV a causa de la pérdida de los Estados Pontificios: apareció en el gran ventanal de la fachada de San Pedro para impartir la bendición *urbi et orbe*. El hombre que se asomó a aquella ventana conservaba en estampa mucho de la imponente y atlética figura de su juventud. Su rostro, de frente despejada y ojos penetrantes, inspiraba respeto a quienes se encontraban con él. Se involucraba en todos los aspectos del gobierno de la Iglesia, realizando toda clase de preguntas a sus colaboradores.⁸ (Alguno de ellos llegó a afirmar que preparar una reunión con el Santo Padre era peor que un examen.)⁹

LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO

Pío XI se volcó en la expansión de la Iglesia por todo el planeta, de hecho, «Papa de las Misiones» era el título que más agradaba a Pío XI. Su doctrina era que los territorios extraeuropeos fueran

7. *Ratto* significa en italiano 'rata'. Su plural es *ratti*. (N. del A.)

8. Cornweil, John, *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XI*, Planeta, Barcelona, 2000.

9. McBrien, Richard P., *op. cit.*

confiados al clero local; buena prueba de ello fue el nombramiento de los primeros obispos chinos y japoneses en 1926 y 1927. También hizo construir en el Gianicolo (Roma) la grandiosa sede del Colegio y la Universidad Urbana de Propaganda Fide, para que los jóvenes de los países de misiones destinados al sacerdocio tuviesen una adecuada preparación para sus futuras tareas. En 1927, con la institución del Museo Misionero-Etnológico del Vaticano, se abrió la posibilidad de conocer a fondo la actividad misionera y las grandes religiones y culturas del mundo.

Al contrario que la mayoría de sus antecesores, Pío XI fue un gran protector de las ciencias, algo que no es de extrañar dado su trabajo durante años como archivista e investigador. De hecho, la reforma de la Biblioteca Vaticana fue una de sus prioridades, tras lo cual fundó el Instituto Cristiano de Arqueología, la Academia de Ciencias y el Observatorio Vaticano en Castelgandolfo.

En el terreno político y social también destacó su labor. La elección de su lema —«La paz de Cristo en el reino de Cristo»— nos habla de un pontífice partidario de la militancia activa en los asuntos terrenales. En este sentido, su gran enemigo fue el comunismo, sobre el que promulgó una encíclica titulada *Divini redemptoris*. Para Pío XI era un «satánico azote» cuyo objetivo era «derrumbar radicalmente el orden social y socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana», constituyendo «una realidad cruel o una seria amenaza que supera en amplitud y violencia a todas las persecuciones que anteriormente ha padecido la Iglesia».¹⁰ Esto explica las simpatías con que miró, al menos en principio, a dictadores como Franco, Hitler y Mussolini.

Sin embargo, como ya hemos visto, en la primera etapa de su pontificado Pío XI tuvo problemas mucho más cercanos y acu-

10. Pío XI, *Divini redemptoris*. 19 de marzo de 1937.

ciantes que los planteados por el comunismo. La ambiciosa cadena de fundaciones y reformas que hemos repasado se hizo con un exiguo presupuesto anual que apenas superaba el millón de dólares.¹¹ Cada día que pasaba la situación se tornaba más insostenible. Los resultados de una auditoría realizada por la comisión cardenalicia no pudieron ser más desalentadores. El déficit vaticano crecía de forma desmedida, al tiempo que los ingresos y las donaciones descendían vertiginosamente. Los acreedores, de los cuales uno de los más importantes era el Reichbank alemán, comenzaron a perder la paciencia y exigieron el pago de las deudas. Por su parte, uno de los principales asesores económicos de la Santa Sede, el arzobispo de Chicago George William Mundelein, que había tenido que hipotecar propiedades de la Iglesia por valor de un millón y medio de dólares, comunicó al pontífice su pronóstico de una larga crisis económica cuyos efectos se dejarían sentir en todo el mundo. Acuciado por las necesidades económicas de la Santa Sede, y cegado por su radical anticomunismo, Pío XI no se dio cuenta de que, de una u otra forma, iba a seguir tratando con ratas.

EL ASCENSO DEL FASCISMO

Pío XI accedió al pontificado con el firme propósito de terminar de una vez por todas con la anomalía que suponían las actuales relaciones entre el Vaticano y el gobierno de Italia. El escollo más importante lo constituía la cuestión económica. La situación financiera de Italia no era mucho mejor que la de la Santa Sede. Con la mayor tasa de natalidad de Europa y una inflación y paro

11. Martín, Malachi, *Rich Church, Poor Church*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1984.

sólo superados por los de Alemania, la pobreza era el estado natural de muchas familias italianas, lo que contribuyó notablemente a enrarecer aún más el ya muy agitado panorama político. Mussolini y sus fascistas estaban, literalmente, dispuestos a todo:

«Nuestro programa es simple. Queremos gobernar Italia».¹² Para ello desarrollaron una feroz campaña de violencia política que tino de sangre todo el país. Sólo en 1921 murieron, víctimas de la violencia fascista, cerca de quinientas personas.

Por su parte, los comunistas no se quedaron de brazos cruzados y respondieron con una infinita sucesión de paros laborales que culminaron en una huelga general. En la primavera de 1922, cuarenta mil braceros fascistas bajo el mando de italo Balbo ocuparon Ferrara como protesta por las miserables condiciones de vida. A finales de julio de 1922, más de 700.000 trabajadores se habían afiliado a la Confederazione Nazionale delle Corporazioni, sindicato del Partido Nacional Fascista. La derrota de la izquierda era evidente.

En octubre de ese mismo año, se reunió el congreso del Partido Nacional Fascista y comenzaron los preparativos de la «Marcha sobre Roma», planeada como la ocupación de la capital italiana por parte de los «camisas negras», fascistas cuyo objetivo era presionar al rey para que encargase la formación de gobierno a Mussolini. Víctor Manuel III, muy impresionado por la movilización fascista, y poco afecto a los ideales y principios de la democracia parlamentaria, decidió recurrir a Mussolini. En 1925 el Duce había transformado el país en un régimen totalitario de partido único basado en el poder del Gran Consejo Fascista (órgano creado en diciembre de 1922, pero institucionalizado seis años más tarde), respaldado por las Milicias Voluntarias para la Seguridad Nacional.

12. Johnson, Paúl, *Modern Times: The World from the Twenties to the Nineties*, Harper Perennial, Nueva York, 1992

Y LOS TRENES LLEGABAN A TIEMPO

Los efectos del ascenso al poder de Mussolini no se hicieron esperar. La actividad económica se reactivó como por ensalmo. Las tasas de paro e inflación recuperaron sus niveles lógicos. Las calles volvieron a ser seguras y los trenes llegaban a tiempo. Un verdadero paraíso si a uno no le importaban cuestiones como la democracia, la libertad de expresión o vivir en un estado policial sin las mínimas garantías jurídicas.

En cualquier caso, las arcas de la hacienda italiana recuperaron la salud perdida... y quedó claro que Mussolini era el hombre con el que Pío XI tenía que tratar. El 20 de enero de 1923, el cardenal Gasparri, secretario de Estado del Vaticano, mantuvo la primera de una larga serie de entrevistas secretas con Mussolini.

Sin embargo, había una circunstancia que podría dificultar notablemente un entendimiento entre los fascistas y la Santa Sede. Era de dominio público que el Duce era ateo y virulentamente anticlerical. En su juventud había escrito varios textos profundamente antirreligiosos y en su vida personal ni se había casado con su pareja ni había bautizado a sus hijos. Se cuenta que en una ocasión se quitó el reloj y, poniéndolo violentamente sobre la mesa, le dio a Dios un minuto para fulminarle si realmente existía y era todopoderoso. Pese a todo, una vez alcanzado el poder, Mussolini fue consciente de las dificultades de gobernar en Italia de espaldas a la Iglesia católica: «Creo que el catolicismo podría ser utilizado como una de nuestras más potentes fuerzas para la expresión de nuestra identidad italiana en el mundo».¹³

13. Cooney, John, *The American Pope: The Ufe and Times of Francis Cardinal Spellman*, Times Books, Nueva York, 1984.

Por otro lado, el ateísmo de Mussolini irritaba a los industriales y financieros que le apoyaban económicamente, lo que hizo que el Duce cambiara de táctica. Los fascistas estaban convencidos del interés social de un sentimiento como el religioso, que es vínculo comunitario en las masas. El propio Mussolini se sintió muy sorprendido en 1922 ante la inmensa multitud que esperaba en la plaza de San Pedro la elección de Pío XI: «Mira esta multitud de todos los países del mundo. ¿Cómo es que los políticos que gobiernan las naciones no se dan cuenta del inmenso valor de esta fuerza internacional, de este poder espiritual universal?». Así que, a pesar de su declarado ateísmo, Mussolini no deseaba destruir lo que existía, sino ir, progresivamente, modificándolo, reinterpretándolo, hasta conseguir que un día se transformase en una cosa muy distinta y en una religión con un contenido muy diferente. Mussolini se refería a esto como: «Roma, donde Cristo es romano».

Tras la Marcha sobre Roma comenzaron a prodigarse algunos gestos de buena voluntad hacia el Vaticano, como la donación al papa de la valiosa Biblioteca Chigi. En la Santa Sede se desconfiaba de Mussolini, pero a la vez se mantenía un prudente silencio sobre su forma de llevar las riendas de Italia. Independientemente de que el Duce mandara a prisión a más de diez mil de sus opositores o que incitase a sus fascistas a «marchar sobre el cadáver podrido de la libertad», en el Vaticano no se podía escuchar palabra alguna en contra del caudillo fascista.

EL HOMBRE ENVIADO POR LA PROVIDENCIA

En 1924, siguiendo instrucciones expresas del Duce, el líder del Partido Socialista, Giacomo Matteotti, que a la sazón era el más obstinado opositor a las pretensiones absolutistas de Mussolini, fue asesinado por militantes fascistas. La oleada de indignación

que recorrió toda Italia fue tan grande que durante esta crisis el Duce estuvo a punto de perder todo lo que había conseguido hasta entonces. Tanto el Partido Popular como el socialista solicitaron formalmente al rey la destitución de Mussolini.

Cuando la situación parecía desesperada, al líder fascista le llegó el auxilio de donde, probablemente, menos lo esperaba. Socialistas y católicos negociaban una sólida coalición para apartar del poder a Mussolini cuando el papa Pío XI advirtió severamente a los cristianos italianos de que cualquier alianza con los socialistas, incluido su sector más moderado, estaba estrictamente prohibida por la ley moral, según la cual la cooperación con el mal constituye un pecado. El papa no mencionó que tanto en Bélgica como en Alemania esa cooperación (con los socialistas, no con el mal) se estaba produciendo sin que nadie hubiera advertido a los católicos de aquellos países sobre el peligro que corrían.

No hay que desestimar la importancia de esta tácita complicidad. La innegable influencia que tenía el parecer del papa sobre buena parte de la opinión pública italiana hubiera hecho que cualquier comentario sobre el ateísmo, la integridad moral o los métodos violentos de Mussolini pesara como una losa en la pretensión de éste de convertirse en el cesar de la nueva Roma.

Consciente de ello, el Duce supo corresponder con extrema generosidad al favor procedente de Roma. Declaró ilegal la masonería, subvencionó con fondos públicos algunas instituciones eclesiásticas que estaban al borde de la quiebra y eximió de obligaciones fiscales a la Iglesia y a sus miembros.

El 31 de octubre de 1926, el cardenal Merry del Val, que había sido secretario de Estado con Pío X y mantenía un puesto de privilegio en el Vaticano, declaró públicamente: «Mi agradecimiento también se dirige hacia él [Mussolini], que sostiene en sus manos las riendas del gobierno en Italia. Con su perspicaz visión de la realidad ha deseado y desea que la religión sea respetada,

honrada y practicada. Visiblemente protegido por Dios, ha mejorado sabiamente la fortuna de la nación, incrementando su prestigio en todo el mundo». ¹⁴ A lo que el propio papa apostilló el 20 de diciembre de 1926 que «Mussolini es el hombre enviado por la Providencia».

En esta aparente complacencia hacia el Duce había mucho más de corrección política que de sincera admiración. En más de una ocasión, el papa había calificado en privado al dictador de «hijo del diablo». Este sentido de la conveniencia era mutuo. Sin variar un ápice lo que pensaba en su fuero interno, el comportamiento externo de Mussolini hacia la Santa Madre Iglesia experimentó un importante giro. El Duce comenzó a acudir a misa, pasó por la vicaría para dar validez eclesiástica a su unión matrimonial e incluso bautizó a sus hijos, renunciando en su nombre, como todo buen padre cristiano, al «diablo y sus obras». En el terreno estrictamente político, esta nueva relación con el Vaticano quedó patente con medidas legislativas, como los impuestos para las parejas sin hijos o la consideración del adulterio como delito penal.

CONVERSACIONES SECRETAS

Así pues, y a pesar del recelo mutuo, existía en aquel momento un clima favorable para la firma de un concordato, tarea que el papa encomendó al cardenal Gasparri. Tras algunas conversaciones, el dictador manifestó su deseo de compensar a la Iglesia con una más que generosa remuneración por la humillación sufrida durante años por los «papas prisioneros». El primer contacto entre ambas

14. Manhattan, Avro, *The Vatican in World Politics*, C.A. Watts & Co., Limited, Londres, 1949.

partes había acontecido, sin embargo, mucho antes, el 6 de agosto de 1926, cuando Domenico Barone —emisario de Mussolini— se entrevistó secretamente con el doctor Francesco Pacelli —laico adscrito a la Santa Sede y hermano del futuro papa Pío XII, que por aquel entonces era nuncio en Berlín— para hacerle saber el interés de Mussolini por reabrir la «cuestión romana». Pacelli manifestó al enviado del futuro dictador que si realmente estaba dispuesto a negociar, había dos cuestiones que el papa consideraba imprescindibles como punto de partida: el reconocimiento de la posesión de un Estado soberano bajo la autoridad del pontífice y la igualdad jurídica entre matrimonio civil y religioso.

El Duce dio su consentimiento al inicio de las conversaciones bajo estos términos y las reuniones comenzaron a nivel estrictamente confidencial: el jefe del Gobierno había advertido a los participantes de que la menor indiscreción llevaría, de manera inevitable, a la ruptura de las negociaciones y se consideraría atentatoria contra la seguridad del Estado, condenando al responsable de la filtración (fuera éste seglar o religioso) a ser desterrado de por vida a las islas Lípári. Buena parte del contenido de las reuniones se centró en regatear las condiciones económicas del acuerdo, que en una primera oferta de Mussolini consistía en la donación por parte del gobierno italiano de alrededor de cincuenta millones de dólares en Obligaciones del Estado. Finalmente, esos cincuenta millones se convirtieron en noventa, es decir, 1.750 millones de liras.

La mañana del lunes 11 de febrero de 1929, las calles de Roma se fueron poblando de un gentío murmurante que parecía desafiar lo que estaba siendo uno de los inviernos más fríos de los últimos años. A pesar del celo puesto tanto por el gobierno como por la Santa Sede, buena parte de los romanos sabían que algo importante iba a suceder en el Vaticano. Cuando el Duce descendió de su Cadillac negro estacionado a un costado de la plaza de San Juan, media hora antes del mediodía, le sorprendió

encontrar a una muchedumbre expectante que aguardaba su llegada. Un acceso de ira le sobrevino al comprobar que sus órdenes no se habían cumplido fielmente; es posible que incluso se viera tentado de dar media vuelta en uno de sus célebres raptos temperamentales, pero finalmente decidió subir los peldaños de la escalinata del palacio de Letrán, en cuyo interior el papa Pío XI, y casi todos los miembros del gobierno vaticano, le esperaban desde hacía unos minutos.

Ni la guardia fascista, ni los *carabinieri*, ni la Guardia Suiza estaban allí. Todo se había organizado de la manera más discreta posible para no llamar la atención. Elegantemente vestido de chaqué, Mussolini ascendió hasta el segundo piso, donde le esperaba el cardenal Gasparri, con quien cruzó un prolongado apretón de manos. Gasparri había tenido que abandonar la cama y todo el acto, unido a lo inclemente del tiempo, iba a ser una verdadera ordalía física para el anciano cardenal.¹⁵ No obstante, por nada del mundo iba a perderse la firma, aunque ello le costase la vida, ya que con aquel acto culminaba toda su carrera diplomática. Estaba previsto que la ceremonia se prolongase varias horas, pero el público que aguardaba en el exterior y el precario estado de salud de Gasparri —que tuvo que permanecer sentado durante todo el acto— la redujeron a unos meros cuarenta y cinco minutos.¹⁶ La lectura de las actas no comenzó hasta las doce en punto. Tras las firmas, el cardenal obsequió a Mussolini con la pluma de ave con mango de oro que había servido para rubricar el acuerdo. El líder fascista la aceptó complacido: «Será para mí uno de los mejores recuerdos que haya merecido».

15. «Vatican at Peace with Italy After Long Quarrel», *San Francisco Chronicle*, 12 de febrero de 1929.

16. Cortesi, Arnaldo, «Pope Becomes Ruler of a State Again», *The New York Times*, 12 de febrero de 1929.

El tratado se componía de tres apartados principales, aparte de varios anexos y otras disposiciones; el primero, el concordato, regulaba las relaciones entre la Iglesia y el gobierno italiano. En él, se devolvía al Vaticano la completa jurisdicción sobre las organizaciones religiosas en Italia. El catolicismo pasaba a ser la religión oficial del Estado italiano, prohibiendo que otras confesiones religiosas pudieran hacer proselitismo en el país y el gobierno asumía pagar el salario de los sacerdotes con cargo a los presupuestos nacionales. El segundo apartado, el Tratado de Letrán propiamente dicho, establecía la soberanía del Estado Vaticano, con el que automáticamente se establecían relaciones diplomáticas. Aparte del recinto vaticano se concedía a la Santa Sede soberanía sobre tres basílicas de Roma (Santa María la Mayor, San Juan de Letrán y San Pablo), la residencia de verano del papa (el palacio de Castelgandolfo) y varias fincas por toda Italia. Finalmente, estaba la «Convención Financiera», que de un plumazo llevaba a la Santa Sede de la miseria a la riqueza.

Al día siguiente de la firma, en una rueda de prensa, Pío XI sintetizó mejor que nadie el alcance del tratado que se había firmado:

«Mi pequeño reino es el más grande del mundo». El fervor que levantó el acuerdo fue tal que incluso la mesa en que había sido rubricado comenzó una gira mundial para ser venerada como si de una reliquia se tratara.¹⁷ El manto de misterio que se tendió sobre la dilatada negociación sólo pudo ser descorrido con lentitud tras la ceremonia de Letrán. Se supo entonces que el texto del acuerdo había sido impreso en el Vaticano por operarios a los que se mantuvo prisioneros hasta días después del 11 de febrero, y que el papa había corregido personalmente todas las pruebas de imprenta: «Hay casos en que la presencia o ausencia de una coma —le comentó a Gasparri— puede modificar todo el contenido».

17. Considine, John J., «Historic Scene in the Lateran Palace», *The Catholic Advocate*, Brisbane, Australia, 18 de abril de 1929.

Aquel contenido era tan importante que su trascendencia traspasaba con mucho las diminutas fronteras del Estado Vaticano. Tanto es así que en dos lugares muy alejados del mundo había dos personajes que estaban particularmente atentos a los términos del tratado por razones que nada tenían que ver con el cristianismo. En Alemania, un Adolf Hitler que comenzaba a ser algo más que el jefe de una pandilla de agitadores escribía en el periódico del partido nazi: «El hecho de que la curia haya hecho las paces con el fascismo muestra que el Vaticano confía en las nuevas realidades políticas mucho más de lo que lo hizo en la antigua democracia liberal, con la que no pudo llegar a un acuerdo [...]. El hecho de que la Iglesia católica haya llegado a un acuerdo con la Italia fascista prueba más allá de toda duda que el mundo de las ideas fascistas está más cerca de la cristiandad que del liberalismo judío o incluso el ateísmo marxista».¹⁸

En Estados Unidos, el banquero Thomas William Lamont, uno de los principales agentes de la banca Morgan, estaba mucho menos interesado en las consecuencias políticas del tratado que en los noventa millones de dólares que llevaba aparejados. A fin de cuentas. Pío XI era un viejo amigo de la casa Morgan. Siendo monseñor Ratti prefecto de la Biblioteca Vaticana, el que más tarde se convertiría en papa gestionó la restauración de una valiosa colección de manuscritos coptos propiedad de J. Pierpoint Morgan.¹⁹ Aquellos pergaminos pasarían a ser una de las piezas más preciadas de la mítica «biblioteca negra» del millonario.

Comenzaba una época en que las obras del diablo iban a ser salpicadas con agua bendita.

18. Hitler, Adolf, *Völkischer Beobachter*, 22 de febrero de 1929.

19. Chernow, Ron, *The House of Morgan: An American Banking Dynasty and the Rise of Modern finance*, Grove Press, Nueva York, 2001.

**EL MERCADER EN EL TEMPLO
BERNARDINO NOGARA, EL CONSTRUCTOR
DE LAS FINANZAS VATICANAS**

El dinero de Mussolini fue sólo el comienzo de un colosal imperio económico que creció en poco tiempo alrededor de la Santa Sede. El artífice de este milagro económico fue Bernardino Nogara, un hábil financiero que no vaciló un instante a la hora de implicar al Vaticano en toda clase de negocios: desde el comercio de armas a las actividades que, hasta aquel momento, la doctrina católica había considerado como usura.

Sesenta años de incertidumbre y dificultades habían desaparecido como por ensalmo. La Iglesia volvía a ser rica. Las ratas abandonaron San Pedro, se pagaron los salarios y se contrató nuevo personal. La pesadilla había quedado atrás. Sin embargo, Pío XI consideraba que su misión no había terminado. El éxito había sido grande, pero ahora era necesario trabajar para que nunca más se volviera a dar una situación semejante. Habría sido muy bonito tapar las goteras e invertir el resto de esa fabulosa cantidad de dinero en las muchas obras de caridad que dependían de la Iglesia. Habría sido bonito, pero poco realista. El «papa rey» no sólo ne-

cesitaba disponer de un Estado soberano para ser independiente, sino que debía disponer de unos fondos suficientes que le permitieran no tener que volver a mendigar favores de nadie.

Para administrar la fortuna obtenida a través del Tratado de Letrán, el papa creó la Administración Especial de la Santa Sede (*Amministrazione Speciale della Santa Sede*),¹ al frente de la cual colocó a Bernardino Nogara. Anteriormente habían existido en el seno de la Iglesia órganos similares: en 1887 León XIII constituyó una comisión cuya función consistía en «guardar y administrar los capitales de las fundaciones pías». En 1904 Pío X modificó este organismo y, posteriormente, cambió su nombre por el de Comisión para las Obras de Religión, ampliando su actividad a toda Italia. Sin embargo, nunca antes en los tiempos modernos se había verificado una entrada semejante de capital. La recién creada Administración invirtió el dinero de forma bastante juiciosa: un tercio en acciones de industrias italianas, otro en inmuebles y un último tercio en divisas y en oro.

La decisión del papa de crear una institución para administrar este dinero en lugar de dejarle esa tarea a alguna de las ya existentes da a entender dos cosas. Lo primero, que Pío XI no tenía demasiada confianza en las instituciones financieras que existían en el Vaticano, algo que, dado el estado de cuentas que había atravesado la Santa Sede, estaba más que justificado. La otra era que el papa estaba dispuesto a darle un giro inédito a la administración del capital vaticano.

Otra consecuencia del Tratado de Letrán es que por primera vez el Vaticano tuvo que hacer frente a los innumerables problemas que acarrearía ser una nación pequeña, pero soberana. Así nació el *Governatorato*, órgano de gobierno del Estado Ciudad

1. Doménech Matilló, Rossend, *Marcinkus. Las claves secretas de las finanzas vaticanas*, Ediciones B, Barcelona, 1987.

del Vaticano, que tenía su sede en el palacio del mismo nombre y que se ocupaba del gobierno interno del Estado: obras públicas, energía, tráfico, correos y comunicaciones, suministros, etc. El palacio del Governatorato es un magnífico palacio de estilo renacentista que mandó construir Pío XI en la cabecera de la basílica de San Pedro. Aquí se encuentran las oficinas de las diez secretarías o ministerios del gobierno civil del Vaticano: la de filatelia, numismática, correos y telégrafos, oficina de información; monumentos, museos y galerías pontificias; servicios técnicos, edificios, instalaciones, mantenimiento, superintendencia, restauración y teléfonos; Radio Vaticana; servicios económicos; servicios sanitarios; Observatorio de Castelgandolfo; estudios e investigaciones arqueológicas; dirección de las villas pontificias de Castelgandolfo y servicio civil de vigilancia.

CASI TAN BUENO COMO JESUCRISTO

Sin haber sido sacerdote ni ostentado ninguna dignidad eclesiástica, la figura de Bernardino Nogara es, sin duda, una de las más importantes —y desconocidas— de la historia del catolicismo, equiparable a la de santos y papas de todas las épocas. De su infancia se sabe poco, tan sólo que se educó en una familia muy religiosa, con varios hermanos sacerdotes y uno conservador de los Museos Vaticanos. Su profesión original era la de ingeniero, que estudió en el Politécnico de Milán, cuna de algunos de los más brillantes empresarios italianos de la época. Al finalizar sus estudios trabajó en prospecciones de todo el mundo.

Tras su período en la industria minera, Nogara pasó a encargarse de la delegación en Estambul de la Banca Commerciale Italiana, la Società Commerciale d'Orientale, con rango de vicepresidente. Fue aquí donde empezó a dar muestras de una habilidad diplomática poco común, siendo su gestión del agrado tanto de

las tropas de ocupación británicas como de los propios turcos. Posteriormente se trasladó a Alemania para dirigir la reestructuración y saneamiento del Reichbank. Fue durante ese período cuando se afianzó como banquero, realizando una serie de audaces operaciones de ingeniería financiera que fueron la admiración de propios y extraños.²

Nogara acudía a misa a diario e interrumpía su jornada laboral para la oración del ángelus y del rosario. Muchos de los que trabajaban a su lado creían erróneamente que era sacerdote. Además de brillante banquero, Nogara tenía en el Vaticano fama de *uommo di fiducia* (hombre de confianza), era una persona sumamente discreta y diligente a la que se le podían encargar tareas delicadas y/o confidenciales. (Era un secreto a voces que había asesorado a Gasparri en los aspectos estrictamente económicos del Tratado de Letrán.) Además, era milanés como el papa.

Desde que fue elegido en 1922, Pío XI había intentado rodearse de un grupo de milaneses en cuya lealtad pudiera confiar al cien por cien: el maestro de cámara Caccia-Dominioni, su hermano, el conde Ratti, Giuseppe Colombo y Adelaida Coara, prominentes miembros de la organización Acción Católica. Este favoritismo fue en aumento cuando el papa estuvo en condiciones de iniciar obras dentro y fuera de la Santa Sede, cuyas contrataciones iban a parar casi indefectiblemente a empresas de Milán, circunstancia que incluso fue reflejada en su día por el embajador británico en el Vaticano. El arquitecto milanés Giuseppe Momo recibió los encargos de tres de las construcciones más ambiciosas de este nuevo período: el palacio del Governatorato —del que ya hemos hablado—, la estación de ferrocarril y el colegio etíope.

Los colaboradores de Nogara le consideraban un sujeto un poco amanerado. Siempre iba sobria pero impecablemente vesti-

2. Martin, Malachi, *op. cit.*

do y su característica más notable era una inteligencia fuera de lo común: hablaba con fluidez ocho idiomas, tenía una memoria fotográfica y una enorme capacidad de cálculo mental.

La reunión en la que Nogara accedió a hacerse cargo de la Administración Especial de la Santa Sede es tal vez una de las pocas que no figuran registradas en el calendario papal. Para aceptar, tan sólo le puso una condición a Pío XI: en ningún momento tendría que atenerse a criterios doctrinales o religiosos a la hora de realizar sus inversiones, ni habría clérigos en la institución. Aparte, no se le pondría ninguna traba para invertir en cualquier país que decidiese. Una vez logrados sus propósitos, Nogara abandonó la tradicional política económica vaticana de tener «todos los huevos en la misma cesta» y diversificó sus inversiones en diferentes entidades bancarias, incluidas algunas suizas y francesas, que pasaron a estar representadas en el *staff* de la Administración Especial.

El cuartel general de la Administración Especial de la Santa Sede fue ubicado en la cuarta planta del palacio de Letrán, muy cerca de los apartamentos papales. El trabajo de Nogara fue considerado de tan vital importancia que se convirtió en el único funcionario del Vaticano que tenía total libertad para acceder al pontífice a cualquier hora del día. Durante 1930, la Administración Especial operó en el máximo secreto y con una plantilla muy reducida, que en ningún momento excedió las dos docenas de empleados. Nogara mismo pasó a fijar su residencia en el propio Vaticano, concretamente en un apartamento que a tal efecto le fue habilitado en el palacio del Governatorato.

El único propósito de la organización sería generar beneficios para restaurar el, durante tanto tiempo perdido, poder temporal de la Iglesia.³ Nogara mantuvo su puesto hasta 1954, pero siguió

3. Chernow, Ron, *op. cit.*

aconsejando al Vaticano hasta su muerte, en 1958. El cardenal Spellman, con motivo del fallecimiento, dijo en 1959: «Después de Jesucristo, lo mejor que le ha sucedido a la Iglesia ha sido Bernardino Nogara».⁴

LA USURA NO ES TAN MALA

Hasta la fecha, la Iglesia había mantenido la prohibición oficial de la usura (todas las ganancias obtenidas de prestar dinero eran canalizadas hacia la Iglesia mediante prestamistas no cristianos que trabajaban a comisión a cambio de adelantar el dinero del Vaticano). Diversos concilios, como el de Nicea (325) u Orleáns (538), condenaron severamente la práctica del préstamo con interés. El III Concilio de Letrán (1179) fue mucho más lejos, decretando la excomunión de los usureros y la prohibición de que fueran enterrados en terreno sagrado. En el momento del Tratado de Letrán, la definición de usura fue modificada para pasar a significar 'el préstamo de dinero con tarifas desorbitadas'.

Nogara tuvo vía libre a todo tipo de transacciones financieras, incluida la especulación bursátil y la participación en el accionariado de compañías cuyas actividades colisionaban con las enseñanzas doctrinales de la Iglesia, desde fabricantes de armamento a preservativos. Todo ello podía ser condenado desde los pulpitos, pero sus dividendos, gracias a las actividades de Nogara, contribuían a llenar las arcas de San Pedro.

Mucho de lo que sabemos de Bernardino Nogara nos ha llegado a través de su propio puño y letra. Los comúnmente llamados *Diarios de Bernardina Nogara* son, en realidad, un detallado y minucioso registro de todas y cada una de las audiencias que

4. Yailop, David, *En nombre de Dios*, Planeta, Barcelona, 1984.

mantuvo con Pío XI entre 1931 y 1939, que fueron muchas, ya que el pontífice y el financiero tenían por costumbre verse al menos una vez cada diez días. Para hacernos una idea de la importancia de Nogara, baste decir que sólo había cuatro personas en el Vaticano que se entrevistaban con el papa más a menudo que Nogara: el secretario de Estado, el subsecretario de Estado, el *sostituto* (sustituto del secretario de Estado) y el secretario del Santo Oficio (la actual Congregación para la Doctrina de la Fe). Gracias a los diarios de Nogara sabemos no sólo del contenido de estas conversaciones, sino de la naturaleza de las inversiones y operaciones financieras del Vaticano durante aquel período.

El primer problema al que tuvo que enfrentarse Nogara al ocupar su cargo fue el del cobro de la cantidad acordada con el gobierno italiano. Como buen financiero, sabía que el pago inminente de una suma tan importante colocaría de forma inmediata los presupuestos nacionales italianos en números rojos,⁵ así que decidió posponer el pago hasta el 1 de julio. Aun así, buena parte de la opinión pública italiana, y no pocos políticos, temían la posible desestabilización económica que podría traer consigo el pago al Vaticano. Finalmente, Bonaldo Stringher, gobernador del Banco de Italia, convenció a Nogara para que el pago se realizase escalonadamente entre junio de 1929 y diciembre de 1930. Pese a todo, los mercados bursátiles italianos se resintieron.

Aunque la gestión de Nogara internacionalizó las finanzas de la Santa Sede, Italia continuó siendo su territorio de actuación prioritario. El Vaticano se convirtió en uno de los motores de la economía italiana. Se calcula, por ejemplo, que tan sólo las operaciones inmobiliarias que se emprendieron en el Vaticano y sus alrededores en 1930 generaron unos tres mil empleos directos.⁶

5. La cantidad acordada en el Tratado de Letrán suponía un 3,7 por 100 del presupuesto italiano de aquel ejercicio.

6. «Due giorni in Vaticano», *La Stampa*, 16 de noviembre de 1931.

EL MILAGRO DEL DINERO

Una de las operaciones más exitosas de Nogara fue la compra de Italgas, compañía energética propiedad de Rinaldo Panzarasa, que estaba pasando una aguda crisis financiera. Bajo la nueva dirección del Vaticano, pronto las llamas de Italgas calentaron los hogares, iglesias y burdeles de treinta y seis ciudades italianas.⁷ A Italgas le siguieron la Società Italiana della Viscosa, La Supertesile, la Società Meridionale Industrie Tessili y La Cisaraión, que fueron unidas en el *holding* CISA-Viscosa, que dirigió el barón Francesco María Odesso.

Aparte de esto, Nogara y sus hombres se sentaron durante un breve período en los consejos de administración de las compañías italianas más importantes, como el Istituto de Crédito Fondiciario (un banco), Assicurazioni Generali (la compañía de seguros más importante de Italia), la Società Italiana per le Strade Ferrate Meridionalli (que desde la nacionalización de los ferrocarriles italianos en 1907 era un importante *holding* de industrias eléctricas y electrónicas), el Istituto Romano di Beni Stabili (una compañía inmobiliaria), la Società Eletrica ed Electrochimica della Caffaro (electricidad e industria química), la Società per l'Industria Premolifera (petroquímica), la Società Mineraria e Metallurgica di Pertusola (minas), la Società Adriatica di Eleptricité (suministro eléctrico) y Cartiere Burgo (una importante industria papelería). Para sí mismo, Nogara se reservó la presidencia de una de las compañías constructoras de más relieve del mundo, la Società Générale Immobiliare (SGI).

Pero Nogara no sólo era un hábil financiero, sino un extraordinario diplomático que convenció al Duce de que la Administración Especial de la Santa Sede, por muchas empresas que poseye-

7. Cooney, John, *op. cit.*

ra, venía a ser una especie de obra social de la Iglesia, por lo que las exenciones fiscales recogidas en las cláusulas 29, 30 y 31 del concordato debían serle aplicadas sin restricción.⁸

La habilidad negociadora de Nogara frente al gobierno italiano parecía no tener límite. Tras el *crack* de 1929, gran parte de las inversiones vaticanas en diversas entidades bancarias —el Banco de Roma, el Banco dello Spirito Santo y el Sardinian Land Credit principalmente— corrían un serio peligro. Nogara consiguió vender los intereses del Vaticano en estas entidades a un organismo gubernamental: el Istituto di Ricostruzione Industriale (una institución creada por el fascismo y que serviría de modelo para el Instituto Nacional de Industria español) no a su depreciado valor actual, sino por su valor original. El Vaticano obtuvo de esta operación unos 630 millones de dólares que salieron directamente del gobierno italiano.

Estas nuevas concesiones financieras de Mussolini no se debían en absoluto a la generosidad del dictador. La donación de Letrán había convertido al Vaticano en uno de los árbitros de la economía italiana, y Mussolini sabía que cualquier signo de inestabilidad en la Santa Sede podría precipitar una crisis financiera. Algún autor ha mencionado además que Nogara era amigo personal de Mussolini, aunque sobre este particular no existe evidencia sólida alguna.

En 1935 Italia invadió Etiopía y las empresas controladas por Nogara y financiadas por el Vaticano (Reggiane, Compagnia Nazionale Aeronáutica y Breda) se convirtieron en los principales proveedores de armas y municiones del Ejército italiano. Incluso se ha apuntado que el papa financió personalmente la invasión mediante un préstamo. Para aquel entonces, el Vaticano ya había

8. Burgess, Anthony, *Earthly Powers*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York 1994.

multiplicado de forma sorprendente el monto de la donación original de Mussolini. Anthony Burgess lo describe de forma muy gráfica: «La velocidad a la que el Vaticano se había enriquecido era positivamente obscena, tan innatural como una filmación a cámara rápida en la que se ve en pocos segundos cómo una semilla de mostaza se convierte en un árbol con pájaros cantando en sus ramas».⁹

Nogara había edificado un impresionante edificio financiero que hacía que verdaderos ríos de dinero fluyeran hacia Roma desde todos los rincones del país. Uno de los temas en los que había puesto mayor cuidado era en sustraer todo este monumental flujo de riquezas al escrutinio público. Para ello, creó un complejo entramado de bancos y compañías de forma que el dinero nunca iba directamente hacia la Santa Sede, sino que terminaba en depósitos secretos de bancos suizos. Sólo Bernardino Nogara, el papa y un puñado más de personas conocían el verdadero alcance de las riquezas del Vaticano. Los demás se tenían que contentar con conjeturar con cifras que la mayor parte de las ocasiones estaban muy lejos de una realidad tan imponente que resultaba difícil de imaginar.

Con todo, y siendo muy importante, el imperio de Nogara no iba a ser ni mucho menos la única fuente de financiación en este nuevo y próspero Vaticano. En Alemania, aquel Adolf Hitler que con tan buenos ojos había visto el acuerdo entre Mussolini y la Santa Sede se había convertido en canciller y estaba sumamente interesado en llegar a un acuerdo con el Vaticano. No en vano, el que antaño fue nuncio en Alemania estaba destinado a ser pronto el nuevo papa.

9. *Ibid.*

EL PAPA DE HITLER PÍO XII Y EL TERCER REICH

Al igual que buena parte de los políticos europeos de la época, Pío XI quiso pactar con Hitler, apaciguar a la bestia. Ésta es la historia de los difíciles acuerdos entre Hitler y la Santa Sede, de una encíclica perdida que podría haber cambiado la historia del mundo y de la muerte poco clara del papa que, demasiado tarde, quiso plantarle cara al mal que se había instalado en Alemania.

Las relaciones entre el movimiento nazi y la Iglesia no habían empezado con buen pie. El marcado sentido pagano del que estaba teñida buena parte de la ideología hitleriana no podía ser visto con buenos ojos por los jerarcas de la Iglesia alemana. Según la teoría nazi, dado que el cristianismo tenía sus raíces en el Antiguo Testamento, quien estaba contra los judíos debía estar igualmente contra la Iglesia católica. Los nazis invocaban «la indispensable arma del espíritu de la sangre y de la tierra contra la peste hebrea y el cristianismo». En una viñeta publicada en el periódico *Der Stürmer*, perteneciente a uno de los órganos del partido nazi en 1934, un judío, ante la

imagen de Cristo en la cruz, dice: «... Le hemos matado, le hemos ridiculizado, pero somos defendidos todavía por su Iglesia...». En otra viñeta del mismo periódico publicada en 1939, un sacerdote católico es presentado mientras estrecha dos grandes manos: una con la estrella judía y la otra con la hoz y el martillo.

No obstante, esta hostilidad era mutua. Prueba de ello es lo publicado en su día en *Der Gerade Weg (El Camino Recto)*, el semanario católico de mayor circulación en Alemania: «Nacionalsocialismo significa enemistad con las naciones vecinas, despotismo en los asuntos internos, guerra civil, guerra internacional. Nacionalsocialismo significa mentiras, odio, fratricidio y miseria desencadenada. Adolf Hitler predica la ley de las mentiras. Habéis caído víctima de los engaños de alguien obsesionado con el despotismo. Despertad».¹

Parecía evidente que el *Gott mit uns* (Dios está con nosotros) que se leía en el emblema de los nazis no se refería al Dios de los católicos. Los diáconos luteranos, en cambio, habían sido mucho más complacientes con el nuevo movimiento. Luteranos eran, por ejemplo, los miembros del Movimiento Alemán Cristiano, de carácter abiertamente antisemita y nacionalista, muchos de cuyos miembros terminaron engrosando las filas del partido nazi. Es algo que no debería sorprendernos si tenemos en cuenta que el mayor antisemita de la historia alemana después de Adolf Hitler fue, precisamente, Martín Lutero, el fundador del protestantismo. El consejo de Lutero relativo a los judíos era: «Primero, sus sinagogas o iglesias deben quemarse... Segundo, sus casas deben asimismo ser derribadas y destruidas... En tercer lugar, deben ser privados de sus libros de oraciones y talmudes en los que enseñan tanta idolatría, mentiras, maldiciones y blasfemias. En cuar-

1. *Der Gerade Weg*, núm. 37, 11 de septiembre de 1931.

5. *Ibid.*

6. Lacroix-Riz, Annie, *Le Vatican, l'Europe et le Reich, de la première guerre mondiale a la guerre froide*, Armand Colin, París, tercera edición.

to lugar, sus rabíes deben tener prohibido, bajo pena de muerte, enseñar jamás...».²

El nombramiento de Hitler como canciller fue aplaudido por los protestantes, mientras que los obispos católicos condenaron las teorías nazis mediante las siguientes prohibiciones:

- Los católicos no podían pertenecer al Partido Nacional-socialista ni asistir a sus concentraciones.
- Los miembros del partido no podían recibir los sacramentos ni ser enterrados como cristianos.
- Los nazis no podían asistir en formación a ningún acto católico, incluidos los funerales.³

A consecuencia de esto, el partido católico Zentrum fue apoyado y votado en masa por los judíos.

No obstante, este panorama iba a cambiar de manera radical con el nombramiento del arzobispo Eugenio Pacelli, antiguo nuncio de Su Santidad en Alemania, y futuro Pío XII, como secretario de Estado del Vaticano.

Inmediatamente después de su ordenación como obispo en 1917, Pacelli tuvo que dejar Roma para establecerse en Alemania, donde permaneció los siguientes trece años. Curiosamente, la nunciatura se encontraba en Munich, frente al edificio que más tarde se convertiría en la Casa Marrón, la cuna del nazismo.

Pacelli se encontró un país desestructurado y destruido por la guerra. Nada más llegar fue testigo de la revolución proletaria en Munich en 1918. En una carta a Gasparri, describió así los acontecimientos:

2. *Encyclopedia Judaica*, volumen III, McMillan, Nueva York, 1971. Cita de *Acerca de los judíos y sus mentiras*, Martín Lutero, 1543.

3. Cornweil, John, *op. cit.*

Un ejército de trabajadores corría de un lado a otro dando órde-medio, una pandilla de mujeres jóvenes, de dudosa apari-encia judías como todos los demás, daba vueltas por las salas con sonrisas provocativas, degradantes y sugestivas. La jefa de esa pandilla de mujeres era la amante de Levien [dirigente obrero de Mu-nich], una joven mujer rusa, judía y divorciada [...]. Este Levien es un hombre joven, de unos 30 o 35 años, también ruso y judío. Pálido, sucio, con ojos vacíos, voz ronca, vulgar, repulsivo, con una cara a la vez inteligente y taimada.⁴

Pero la misión principal de Pacelli tenía que ver poco con su evidente antipatía personal hacia los revolucionarios judíos. A pesar de su mayoría protestante, Alemania contaba con una de las mayores poblaciones del planeta. Además, la Iglesia había gozado tradicionalmente de una amplia autonomía garantizada por una serie de concordatos con los gobiernos regionales. Una de las principales misiones de Pacelli en Alemania era «la imposición, a través del código de derecho canónico de 1917, de la suprema autoridad papal sobre los obispos católicos, clérigos y fieles».⁵

Para lograr este fin, tuvo que renegociar los concordatos existentes con los Estados regionales alemanes y propiciar una alianza entre todas las fuerzas de la derecha alemana⁶ con la esperanza de poder negociar un concordato con la propia nación alemana que sirviera para solidificar definitivamente la autoridad del Vaticano.

4. Cornweil, John, *op. cit.*

5. *Ibid*

6 Lacroix-Riz, Annie, *Le Vatican, l'Europe et le Reich, de la premiere guerre mondiale a la guerre froide.* Armand Colin, Paris, tercera edición

CAMBIO DE TÁCTICA

A pesar de los incendiarios comentarios de sus correligionarios sobre temas religiosos, el fervor fanático de Hitler no nublabla en absoluto su juicio. Sabía perfectamente que, le gustase o no, el éxito del Tercer Reich pasaba necesariamente por mantener unas buenas relaciones con el Vaticano. En su obra *Mein Kampf* (*Mi lucha*) recuerda a sus lectores como el partido católico venció al mismísimo Bismarck cuando éste intentó hacer una política denominada *Kulturkampf* (Lucha cultural).⁷ En aquella época, los colegios religiosos pasaron a ser controlados por el Estado, la Compañía de Jesús fue prohibida, comités laicos se hicieron cargo de las propiedades de la Iglesia y los obispos que se resistieron a estas medidas fueron multados, arrestados o tuvieron que exiliarse. Sin embargo, el resultado fue el contrario del esperado. La oposición católica se unió ante la amenaza común, cristalizando esta alianza en la creación de un poderoso partido católico, el Zentrum.

Hitler tenía muy claro que el nacionalsocialismo no podía permitirse el lujo de incurrir en los mismos errores que la *Kulturkampf*, así que decidió incorporar el cristianismo al texto de sus discursos, presentando a los judíos no sólo como los enemigos de la raza aria, sino también de toda la cristiandad:

«No importa si el judío individual es decente o no. Posee ciertas características que le han sido dadas por la naturaleza y nunca podrá librarse de ellas. El judío es dañino para nosotros... Mis sentimientos como cristiano me inclinan a ser un luchador por mi Señor y Salvador. Me llevan a aquel hombre

7. Hitler, Adolf, *Mein Kampf*, 1925.

que, alguna vez solitario y con sólo unos pocos seguidores, reconoció a los judíos como lo que eran, y llamó a los hombres a pelear contra ellos... Como cristiano, le debo algo a mi propio pueblo».⁸

Además, no hay que olvidar que el propio Hitler era católico. De niño asistía a clases en un monasterio benedictino, cantaba en el coro y, según su propio relato, soñaba con ser ordenado sacerdote.⁹ Hitler nunca renunció a su catolicismo:

«Soy ahora, como antes, un católico, y siempre lo seré», enfatizó a uno de sus generales.¹⁰ La Iglesia, por su parte, premió esta fidelidad no excomulgándole a pesar de sus múltiples excesos.

Por su parte, el recién nombrado secretario de Estado, el cardenal Pacelli, estaba igualmente interesado en mejorar las relaciones con la Alemania de Hitler. En esta alianza, Pacelli veía dos ventajas muy importantes. Por un lado, Hitler era una garantía de que el comunismo no fructificaría en Alemania. El comunismo era el gran enemigo en la época del pontificado de Pío XI, que sostenía que «el comunismo es intrínsecamente perverso porque socava los fundamentos de la concepción humana, divina, racional y natural de la vida misma y porque para prevalecer necesita afirmarse en el despotismo, la brutalidad, el látigo y la cárcel». Por otro lado, contar con los favores del Führer podría conducir a la firma de un concordato tan ventajoso como el establecido con Mussolini en su día.

8. *Hitler's Third Reich: A Documentary History*, editada por L. Snyder, Nelson-Hall, Chicago, 1981. Cita del discurso pronunciado el 12 de abril de 1922 e impreso en el *Völkischer Beobachter* el 22 de abril de 1922.

9. Shirer, William L., *The Rise and Fall of the Third Reich*, Simón & Schuster, Nueva York, 1960.

10. Toland, John, *Adolf Hitler*, Doubleday, Nueva York, 1976. Cita de *Heeresadjutant bei Hitler, 1938-1943*, del general G. Ángel, 1974.

LA POLÍTICA HACE EXTRAÑOS COMPAÑEROS DE CAMA...

Pacelli contaba con la ventaja que le proporcionaba su período como nuncio en Alemania y estaba sumamente familiarizado con los entresijos políticos del país. Tenía, además, múltiples contactos en el Zentrum; el más importante de ellos era su gran amigo Ludvig Kaas, un sacerdote que llegó a presidente de esta formación política. A través de Kaas, Pacelli presionó al partido para que negociara una alianza con Hitler. Cuando Heinrich Brüning fue elegido canciller, Pacelli le sugirió que le ofreciera a Hitler un puesto en el gabinete. Al quedar patente que el canciller no estaba dispuesto a atender semejante sugerencia, tanto el Vaticano como el presidente de su propio partido le retiraron su apoyo, dejando al gobierno a merced de sus enemigos.

Brüning fue finalmente sustituido por Franz von Papen, que a instancias de Kaas convenció al presidente Hindenburg, que a la sazón miraba con recelo y desdén a los nazis, para que llamara a Hitler para formar gobierno. Adolf Hitler fue nombrado canciller alemán el 28 de enero de 1933. Su partido, el nacionalsocialista, estaba en minoría, pero Hitler tardó sólo tres días en convocar nuevas elecciones.

En la campaña electoral para las elecciones del 5 de marzo de 1933, se hizo patente, por primera vez, la oposición entre el nacionalsocialismo y el mundo católico. El 16 de febrero de 1933, en un comunicado recibido en la secretaría de Estado del Vaticano, el nuncio monseñor Cesare Orsenigo decía: «La lucha electoral en Alemania ha entrado ya en su climax [...]. Por desgracia, también la religión católica es utilizada con frecuencia por unos y por otros con objetivos electorales. El Zentrum cuenta naturalmente con el apoyo de casi la totalidad del clero y de los católicos y, con tal de lograr la victoria, actúa sin preocuparse de las

ponencias que podrían derivarse para el catolicismo penosas consecuencias que podrían derivarse para el catolicismo en caso de una victoria adversaria».

En las elecciones del 5 de marzo, los nazis lograron diecisiete millones de votos. Pero, con todo, la mayoría seguía rechazando a Hitler, ya que ese resultado sólo representaba un 44 por 100. Hitler no tenía en el Reichstag los dos tercios necesarios para hacer su revolución y establecer la dictadura con el consentimiento del Parlamento. Decidió entonces recurrir a un procedimiento extraordinario recogido en la Constitución alemana y pedir al Reichstag la aprobación de una ley de plenos poderes. Esto le conferiría a su gabinete facultades legislativas durante los siguientes cuatro años.

Sin embargo, se necesitaban dos tercios de la Cámara para aprobar una ley como ésta. Para cumplir este trámite parlamentario, los nazis precisaban del apoyo del Zentrum, que se había mantenido fuerte con un 14 por 100 de los votos. Este apoyo lo condicionó el cardenal Pacelli a la firma de un concordato con el Vaticano. Kaas utilizó este compromiso, que calificó como «el éxito más grande que se haya conseguido en cualquier país en los últimos diez años»,¹¹ y pudo reunir los apoyos parlamentarios que necesitaba Hitler, que de esta forma subió al poder gracias a las gestiones secretas de la Santa Sede. Con una mayoría absoluta por escaso margen, los nazis aprobaron la ley de plenos poderes, que supuso que las relaciones entre los nazis y el Vaticano subieran a un nuevo nivel.

A partir de ese momento, la Iglesia alemana se vio forzada a reconsiderar su actitud anterior hacia los nazis: «Sin revocar el juicio expresado en declaraciones previas respecto a ciertos errores éticos y religiosos, el episcopado tiene confianza en que las

11. Lewy, Guenter, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Da Capo Press, Nueva York, 2000.

prohibiciones generales y avisos no necesiten ser tenidos en cuenta más. Para los cristianos católicos, para los que la voz de la Iglesia es sagrada, no es necesario en este momento hacer admoniciones especiales para que sean leales al gobierno legalmente establecido y cumplir concienzudamente para con los deberes de la ciudadanía, rechazando por principio todo comportamiento ilegal o subversivo». De esta manera, el potencial de oposición al nazismo de veintitrés millones de católicos alemanes quedaba anulado. Como muestra del cambio de clima entre la Iglesia y el nazismo se permitió que los católicos se afiliaran al partido y se volvió a administrar los sacramentos a los nazis, incluso a aquellos uniformados.

ANTES LA LEY QUE LA CONCIENCIA

Como sucedió anteriormente en Italia, el partido católico, en este caso el Zentrum, quedaba entregado e indefenso en manos del dictador. Hitler cumplió su parte del trato y el concordato se terminó de redactar el 1 de julio de 1933. Convencidas ambas partes de las ventajas que ofrecía el acuerdo, su negociación sólo duró ocho días. También, como en el caso italiano, los términos del acuerdo eran sumamente favorables para la Iglesia. Los católicos alemanes quedaban sujetos al código de derecho canónico, las obras sociales de la Iglesia recibirían apoyo popular y no se tolerarían críticas públicas a la doctrina católica. Aquí también hubo un sustancioso apartado económico que tomó forma con el establecimiento del *Kirchensteuer*, un impuesto aplicable a todos los católicos alemanes.¹²

12. Yailop, David, *op. cit.*

Este impuesto supuso un enorme caudal de recursos económicos para la Iglesia, ya que se deducía directamente de la nómina de los trabajadores y suponía un 9 por 100 del total del salario bruto. Millones de marcos fluyeron en este concepto hasta casi el final de la Segunda Guerra Mundial. Llama poderosamente la atención que este impuesto, negociado y establecido por Hitler, aún esté vigente en Alemania, y que constituya por sí solo entre el 8 y el 10 por 100 de lo que recauda la hacienda germana.

A cambio de tanta generosidad, Hitler sólo pidió un pequeño favor añadido: la disolución del Zentrum, petición que Pacelli le concedió: «Se empeñaron en hacer un concordato a toda costa, y la consecuencia fue la caída del partido católico Zentrum, lo que dejaba el campo libre a Hitler».¹³ Además, Hitler se reservó como garantía el artículo 16 del concordato, según el cual todos los obispos alemanes estaban obligados a realizar el siguiente juramento ante la *Reichsstatthalter* (la bandera del Tercer Reich):

«Juro ante Dios y sobre los Santos Evangelios y prometo, al convertirme en obispo, ser leal al Reich alemán y al Estado. Juro y prometo respetar al gobierno constitucional y hacerlo respetar por mis clérigos». El cardenal arzobispo emérito de Barcelona, Ricard Maria Caries, dijo el 26 de abril de 2005, en una entrevista a TV3, que «obedecer antes la ley que la conciencia lleva a Auschwitz», en referencia a la obligatoriedad de los funcionarios de celebrar bodas homosexuales. Sin meternos en el asunto de las bodas, creemos que esa frase es perfectamente aplicable a los obispos que realizaron aquel juramento.

Juramentos aparte, como ya había sucedido con Mussolini, el entendimiento político no tenía nada que ver con la simpatía personal. Como explicaba su colaboradora cercana, sor Pasqualina,

13. Vivas, Ángel, «David Solar reconstruye *El último día de Adolf Hitler*», *El Mundo*, 27 de junio de 2002.

y que confirmaron otros testigos, Pacelli decía de Hitler lindezas como: «Este hombre está completamente exaltado; todo lo que dice y escribe lleva la marca de su egocentrismo; es capaz de pisotear cadáveres y eliminar todo lo que le suponga un obstáculo. No llego a comprender como hay tantas personas en Alemania que no lo entienden y no saben sacar conclusiones de lo que dice o escribe. ¿Quién de éstos al menos se ha leído su espeluznante *Mein Kampf?*».

HORST WESSEL

Ajeno a estas opiniones, Hitler, a quien el papa piropó diciendo que era el estandarte más indicado contra el comunismo y el nihilismo,¹⁴ estaba encantado con el trato y «expresó la opinión de que podía ser considerado como un gran logro. El concordato daba a Alemania una oportunidad y creó un área de confianza que fue particularmente significativa en el desarrollo de un frente contra la judería internacional».¹⁵ Con el concordato, Hitler recibió el mejor regalo que le podía hacer Roma para refrendar su golpe parlamentario. En el Consejo de Ministros celebrado el 11 de julio de 1933, Hitler exponía ante el gabinete las ventajas del acuerdo, que, según él, se centraban en tres aspectos principales:

- La Santa Sede se había visto finalmente obligada a negociar con un partido al que había considerado anticristiano y enemigo de la Iglesia.

14. García de Cortázar, Fernando y Lorenzo Espinosa, José María, *Los pliegues de la tiara. Los Papas y la Iglesia del siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

15. Cornweil, John, *op. cit.*

- El juramento de los obispos sometía a éstos al Estado y al gobierno del Reich, un hecho que habría sido impensable apenas unos meses antes.
- La Iglesia renunciaba a la actividad política, dejando manos libres a los nazis para operar a su antojo.

El acto de la firma tuvo lugar el 20 de julio de 1933. Los firmantes fueron Von Papen, en representación del Estado alemán, y Pacelli, en la del Vaticano. Las declaraciones públicas fueron de gran satisfacción por ambas partes. En una carta a los miembros del partido fechada el 22 de julio, Hitler se congratulaba diciendo: «El tratado muestra al mundo entero, clara e inequívocamente, que la afirmación de que el nacionalsocialismo es hostil a la religión es falsa». Por su parte, el nuncio Orsenigo celebró una misa solemne de acción de gracias en la catedral de Berlín, finalizándola con la entonación del *Horst Wessel Lied*, el himno del partido nazi:

La bandera en alto, / la compañía en formación cerrada, / las
S.A. marchan / con paso decidido y silencioso.

Los camaradas / caídos en el frente rojo / marchan en espíritu /
en nuestra formación.

La calle libre / por los batallones marrones, / la calle libre / por
los soldados que desfilan.

Millones, llenos de esperanza / miran la esvástica; / el día rompe,
/ para el pan y la libertad.

Por última vez / es lanzada la llamada, / para la pelea / todos es-
tamos listos.

Pronto ondearán las banderas de Hitler / en cada calle / la esclavitud / durará tan sólo un poco más.¹⁶

16. Die Fahne hoch / Die Reihen fest geschossen / S.A. marschiert / Mit ruhig festem Schritt.

Poco imaginaba Horst Wessel que el himno que compuso para el partido nazi acabaría siendo entonado en una catedral católica. Hijo de un pastor protestante, abandonó sus estudios de Derecho en 1926 para unirse a los camisas pardas de Hitler. Su notable inteligencia y la fuerza de su convicción política hicieron que Joseph Goebbels se fijara en él, y en 1928 lo enviase a Viena con la misión de organizar las juventudes del partido en la capital austríaca. Wessel era un activista extremadamente violento. A su regreso a Alemania organizó el ataque contra un local del Partido Comunista, que se saldó con varios heridos. Esto provocó que Heinz Neumann, editor del diario comunista *Bandera Roja*, llamase a los miembros del partido a «golpear a los fascistas dondequiera que se encuentren».

El 14 de enero de 1930, Wessel mantuvo una agria disputa con su casera, que, a la sazón, era viuda de un antiguo miembro del Partido Comunista. Las versiones de la pelea son muy diversas. Parece ser que la casera afirmaba que Wessel se negaba a pagar la renta (o que se la pretendió subir y aquél se negó a pagar la diferencia). La situación pasó a mayores y la viuda afirmó que Wessel la amenazó con golpearla. La discusión derivó hacia la novia de Wessel, que vivía con él, y que o bien era prostituta o bien lo había sido, y el activista nazi estaba ayudándola en su rehabilitación. En lugar de acercarse a la policía, la rentera fue a pedir ayuda a una taberna local frecuentada por comunistas. Es-

Kam'raden die Rotfront / Und Reaktion erschossen / Marschier'n im Geist / In unsern Reihen mit.

Die StraEe frei / Den braunen Batallionen / Die StraSe frei / Dem Sturmabteilungsmann.

Es schau'n aufs Hackenkreuz / Voll Hoffnung schon Millionen / Der Tag für Freiheit / Und für Brot bricht an.

Zum letzten Mal / Wird nun Appell geblasen / Zum Kampfe steh'n / Wir alie schon bereit.

Baid flattern Hitler-fahnen / Über alien Strafen / Die Knechtschaft dauert / Nur mehr kurze Zeit.

tos vieron la oportunidad de vengarse de Wessel por el ataque anterior. Dos hombres, Ali Höhler y Erwin Rückert, un miembro activo del partido, fueron al departamento de Wessel. Al abrirles éste la puerta, Höhler le disparó en la cabeza. Horst Wessel falleció varias semanas más tarde a causa de las heridas. El altercado fue explotado de modo propagandístico tanto por los nazis como por los comunistas, que presentaron a Wessel como un proxeneta y un degenerado. Mientras tanto, los nazis organizaron un funeral público para el nuevo mártir de la causa al que acudieron treinta mil personas. Durante su desarrollo se cantaron unos versos que el propio Wessel había escrito meses atrás, los mismos que unos años después se entonarían en la catedral de Berlín.

CON PROFUNDA ANSIEDAD

Tras la firma del concordato, y con el dinero de los contribuyentes alemanes fluyendo ya hacia las arcas de la Santa Sede, el Vaticano se mostró durante una larga temporada misteriosamente silencioso respecto a las actividades de los nazis. Ni siquiera la Noche de los Cuchillos Largos del 30 de junio de 1934 fue suficiente para romper este mutismo, a pesar de que en aquel sangriento ajuste de cuentas nazi no sólo cayeron miembros del propio partido, sino prominentes personajes de la derecha católica vinculados al Zentrum.

El 2 de agosto de 1934 falleció el presidente alemán, el mariscal Hindenburg. Tan sólo una hora después se anunció que se unificaban los puestos de presidente y canciller en la persona de Adolf Hitler. Se convocó un plebiscito para ratificar la medida y, gracias a la poderosa maquinaria de propaganda nazi en manos de Goebbels, el día 19 de ese mismo mes el pueblo alemán votó afirmativamente por abrumadora mayoría, convirtiéndose Adolf Hitler en amo absoluto de Alemania. A partir de ese momento

comenzó un sistemático acoso a los católicos alemanes. De hecho, se puede decir que los únicos términos del concordato que respetó Hitler fueron los económicos. La situación alcanzó tal extremo que en enero de 1937 una delegación compuesta por tres cardenales y tres obispos alemanes llegó al Vaticano para implorar el amparo del papa ante los desmanes de Hitler.

Los delegados se encontraron con la desagradable sorpresa de un Pío XI gravemente enfermo que los recibió en su dormitorio ante la imposibilidad de levantarse de la cama. El papa no desconocía la situación que venían a expresarle los preladados alemanes. En los últimos años había tenido que firmar más de treinta notas de protesta dirigidas al gobierno alemán.¹⁷

Tras aquella visita, Pío XI decidió que su paciencia ya se había agotado y, pese a su precario estado de salud, decidió publicar una encíclica —*Mit brennender Sorge (Con profunda ansiedad)*— que fue leída en todos los pulpitos de Alemania el 14 de marzo de 1937. La carta, en cuya elaboración intervinieron tanto Pacelli como el cardenal Faulhaber, tuvo que ser introducida a escondidas en Alemania. En ella, entre otras cosas, se denunciaba que el culto a Dios estuviera siendo sustituido por un culto a la raza. La tesis principal del texto era contraponer el liderazgo papal cuando se trata de hacer frente a un régimen hostil que pretendía subordinar la Iglesia al Estado. La primacía del papa se desarrollaba mediante cuatro argumentos:¹⁸

1. La primacía es asignada al papa por las Sagradas Escrituras.
2. La primacía del papa es la principal garantía contra la división y la ruina.

17. McBrien, Richard P., *op. cit.*

18. Alien, John L., *All the Pope's Men: The Inside Story of How the Vatican Really Thinks*, Doubleday, Nueva York, 2004.

3. Sólo la primacía del papa cualifica a la Iglesia para su misión de evangelización universal.
4. La primacía del papa asegura que la Iglesia mantiene su carácter sobrenatural.

LA ENCÍCLICA PERDIDA

Sin embargo, los católicos alemanes necesitaban algo más tangible que la primacía del papa para vivir entre los nazis. Los defensores del Vaticano suelen presentar esta encíclica como la prueba de cargo de la condena de la Santa Sede a las actividades de Hitler. Es posible que así sea, pero lo que no se puede discutir es que era una condena muy tibia, en la que en ningún momento se hablaba de manera explícita del antisemitismo, ni se mencionaba por su nombre a Hitler o al nacionalsocialismo.

No obstante, la encíclica llegó en un momento en que los nazis tenían la guardia baja y Hitler, enfurecido ante lo que consideró una traición, recrudeció la represión contra los católicos alemanes. Pacelli, en su puesto de secretario de Estado, intentó en vano templar la situación. Pío XI miraba cada vez con mayor desagrado a los dictadores de Alemania e Italia, y su aversión se acrecentó en la medida en que los fascistas italianos fueron adoptando cada vez más las doctrinas nazis, en especial en lo referente a asuntos raciales.

En el verano de 1938, muy irritado por la confiscación de diversas propiedades religiosas por los nazis y por su abierto acoso a los sacerdotes católicos, el papa decidió preparar una nueva encíclica, *Humani generis unitas* (*La unidad del género humano*), en la que denunció de forma mucho más decidida las tácticas terroristas de los seguidores de Hitler. Esta encíclica habría sido elaborada por un grupo de eruditos jesuitas en Roma dirigidos por John LaFarge y completada el 10 de febrero de 1939.

El 15 de junio de 1938, LaFarge, de paso por Roma, fue llamado de improviso por Pío XI. El papa le comunicó que tenía en mente preparar una encíclica contra el racismo nazi. LaFarge no lo sabía, pero Pío XI había leído con suma atención su *Interracial Justice*, un libro donde el joven jesuita había explicado de manera didáctica e inapelable que la división del género humano en razas no tenía ni fundamento científico, ni base biológica alguna, no era más que un mito que servía para mantener los privilegios de las clases sociales más favorecidas. La encíclica preparada por LaFarge era un documento en el que el Vaticano plantaba cara al nazismo... El único problema es que esa encíclica jamás vio la luz.

La historia de la encíclica perdida surgió por primera vez en 1972,¹⁹ y desde entonces ha sido motivo de polémica. Al parecer, existe una copia que fue encontrada en 1997 entre los documentos personales del cardenal Eugène Tisserant. Intimo colaborador de Pío XI, Tisserant ordenó que, tras su muerte, esta encíclica, junto con otros papeles igualmente comprometedores para la Iglesia, fueran custodiados en una caja de seguridad de un banco suizo.²⁰ La trascendencia de este documento es enorme. De haberse publicado, es posible que incluso hubiera podido cambiar la historia del mundo tal como la conocemos actualmente. No sólo habría variado drásticamente la forma en que los católicos alemanes, y del resto del mundo, miraban el Tercer Reich, sino que posiblemente habría servido de advertencia a Hitler, haciéndole más cauto, sobre todo en la aplicación de su política racial, que, no lo olvidemos, tuvo como resultado la muerte de seis millones de personas, asesinadas en las más horribles circunstancias imaginables.

19. Castelli, Jim, «The Lost Encyclical», *National Catholic Reporter*, 15 de diciembre de 1972.

20. Passelecq, Georges y Suchecky, Bernard, *The Hidden Encyclical of Pius XI*, Harvest. Nueva York, 1998.

UN TEXTO VALIENTE

Al contrario de lo que sucedía con la encíclica anterior, este texto no era ambiguo en lo concerniente a la condena de la persecución de los judíos y, de haberse editado, los defensores de la política vaticana durante el período hitleriano tendrían un sólido elemento que mostrar a sus detractores. Algunos de los párrafos de la encíclica son tan elocuentes como éstos:

«... Aquí proclaman rígidos ideólogos la unidad de la nación como valor supremo. Allí ensalza un dictador las almas a través de ebrias llamadas a la unidad de raza...» (p. 1).

«En esta hora, en la que tantas teorías contradictorias precipitan al hombre hacia una sociedad caótica, la Iglesia se ve en la obligación de hablar al mundo» (p. 2).

«La respuesta de la Iglesia al antisemitismo es clara e inequívoca» (p. 148).

A pesar de todo, el texto seguía, en parte, impregnado de la tradicional inquina de la Iglesia católica hacia el judaísmo.

La sección de la encíclica no publicada que trata del racismo es irreprochable, pero las reflexiones que contiene sobre el judaísmo y el antisemitismo, pese a sus buenas intenciones, están impregnadas del antijudaísmo tradicional entre los católicos. Los judíos, explica el texto, fueron responsables de su destino. Dios los había elegido como vía para la redención de Cristo, pero lo rechazaron y lo mataron. Y ahora, «cegados por sus sueños de ganancias terrenales y éxito material», se merecían la «ruina espiritual y terrenal» que había caído sobre sus espaldas.

En otro apartado, el texto concede crédito a los «peligros espirituales» que conlleva «la frecuentación de judíos, en tanto continúe su descreimiento y su animosidad hacia el cristianismo». Así pues, la Iglesia católica, según el texto, estaba obligada

«a advertir y ayudar a los amenazados por los movimientos revolucionarios que esos desdichados y equivocados judíos han impulsado para destruir el orden social».²¹

La fecha prevista para la publicación del documento era el 12 de febrero de 1939. El original esperaba en el despacho del papa para que, en cuanto su delicada salud se lo permitiera, estampara su firma en él, momento en el cual todo estaba ya preparado en la imprenta vaticana para la producción de miles de copias que serían distribuidas por todo el mundo.²² Sin embargo, en el Vaticano había un amplio sector que miraba con aprensión la publicación de esta encíclica, en especial debido a los imprevisibles efectos que podría tener en las relaciones entre la Santa Sede y el gobierno alemán, que a través del *Kirchensteuer* había pasado a convertirse en uno de los principales financiadores del Vaticano.

EL PAPÁ DE CLARETTA

Desgraciadamente, el papa no vivió lo suficiente para avisar al mundo de los peligros del fascismo, como era su deseo, y, tal vez, evitar la guerra que se vislumbraba en el horizonte. Murió el 10 de febrero, tan sólo dos días antes de la fecha prevista para la publicación de la encíclica. No tuvo tiempo para pronunciar su violento discurso contra el fascismo y el antisemitismo; su encíclica tuvo que esperar cincuenta y seis años para ver la luz.²³

La muerte de Pío XI estuvo rodeada de una serie de circunstancias, como poco, peculiares. Al parecer, Mussolini realizó in-

21. Cornweil, John, *op. cit.*

22. Manhattan, Avro, *Murder in the Vatican: American, Russian and Papal Plots*, Ozark Books, Springfield, 1985.

23. Meyer, Jean, «Del antijudaísmo al genocidio», *Istor*, revista de historia, núm. 5, verano de 2001.

tensas gestiones para que el doctor Francesco Petacci, padre de Clara Petacci, la amante del Duce, fuera nombrado médico del papa. Algunas fuentes apuntan a que la insistencia en este nombramiento vino a raíz de una filtración a través de la cual Mussolini se enteró de la existencia del proyecto de la encíclica. Sea como fuere, lo cierto es que existen opiniones de que el doctor Petacci actuó de forma sumamente irresponsable, desoyendo los consejos de otros médicos que acudían a visitar al pontífice y negándose a aplicar los tratamientos por ellos recomendados. De hecho, pareció sentirse bastante molesto con la plantilla médica que estaba al cuidado del papa: un total de cuatro médicos y dos enfermeras, lo que se tradujo en una visible mejoría que, sin embargo, remitió los días 8 y 9 de febrero. A las 5.30 de la madrugada del día 10, el papa fue declarado oficialmente muerto. Al parecer, nadie estaba junto a él en el momento de expirar y la última persona que le vio con vida fue, precisamente, el doctor Petacci.

Nada más producirse la muerte del papa, el doctor Petacci y el cardenal Pacelli tomaron una determinación insólita: ordenaron el inmediato embalsamamiento del cadáver, una práctica que había sido abolida —como ya se vio— incluso en aquellos casos en los que las circunstancias lo hubieran aconsejado, por ejemplo, la elevada temperatura ambiente. También hubo un inexplicable retraso al hacer público el fallecimiento del Santo Padre. Una hora después de la muerte aún se rezaba en la Santa Sede por su recuperación. Entre los papeles del cardenal Tisserant, se encuentran sus diarios, en los que se relatan con todo lujo de detalles los acontecimientos de aquella madrugada, así como la creencia de que el papa había sido asesinado por medio de una inyección letal.²⁴

24. Herfling, Ludwig, *Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1981.

El 2 de marzo de 1939, tras un cónclave sorprendentemente rápido de apenas dos días de duración, el cardenal Pacelli fue elegido papa, tomando el nombre de Pío XII. La elección de Pacelli había coincidido con su 73 cumpleaños. La coronación de Pío XII tuvo lugar el 12 de marzo de 1939. De la encíclica que aguardaba la firma de su antecesor nunca más se supo.

**EL BANCO DE DIOS
EL INSTITUTO PARA LAS OBRAS
DE RELIGIÓN**

Son muchos los que piensan que el Banco Vaticano es un mito. A fin de cuentas, ¿para qué necesita el Vaticano un banco? Pero cerca de la puerta de Santa Ana, en pleno corazón de la Santa Sede, se encuentra el centro del que actualmente es la institución que más especulaciones despierta de cuantas dependen de la Iglesia católica. Se denomina oficialmente Instituto para las Obras de Religión, aunque la religión es lo menos importante cuando hablamos de este organismo.

Cuando pensamos en el Vaticano, la mayor parte de nosotros imaginamos, erróneamente, que el edificio custodiado con mayor celo es el que alberga sus archivos secretos. En las bóvedas del Archivo Secreto descansan algunos de los documentos históricos esenciales para entender la verdadera historia del mundo occidental. Los archivos secretos del Vaticano fueron segregados de la Biblioteca Vaticana en el siglo xvii por orden expresa del papa Pío IV. Desde entonces, y hasta finales del siglo XIX, nadie fuera del personal de más alto rango de la Santa Sede pudo volver a

poner su vista sobre estos documentos, lo que hizo avivar siglos de rumores sobre su naturaleza. A día de hoy, los archivos secretos todavía permanecen separados del resto de los fondos documentales de la Santa Sede. Los expertos con debida acreditación pueden consultar en la actualidad ciertos documentos del archivo, todos ellos anteriores a 1922, final del pontificado de Benedicto XV.

Sin embargo, algo que apenas se sabe es que existen otros archivos secretos en el Vaticano, un recinto en el que se afirma que se guardan aquellos documentos capaces de afectar gravemente a la Iglesia, sobre todo lo referente a asuntos doctrinales. Se trata del conocido Penitenciario Apostólico, que contiene, al menos oficialmente, documentos papales y textos de leyes canónicas así como otros materiales completamente desconocidos fuera de la Santa Sede, ya que el acceso a este lugar está prohibido. No obstante, salvo esta y alguna que otra excepción, los archivos secretos son la colección principal.

Los archivos secretos del Vaticano tienen unas proporciones ciclópeas, proporcionadas por dos mil años de acumulación de información confidencial. Se calcula que en su interior se alinean cerca de cincuenta kilómetros de estanterías repletas de material sobre el que hace siglos no se posa mirada humana alguna. Tan sólo el conocido como catálogo selecto —la elaboración y publicación de índices del archivo está prohibida— consta de más de 35.000 volúmenes. Los archivos secretos del Vaticano albergan, además, los servicios de conservación y restauración de documentos más avanzados del mundo. Tanto celo no ha impedido que la totalidad de los archivos anteriores al siglo Vffl, repletos de material tan interesante para el estudioso como toda suerte de textos heréticos, versiones alternativas de las Sagradas Escrituras, etc., se haya perdido para siempre por razones que, según la propia versión oficial del Vaticano, «no son realmente conocidas».

Sin embargo, y pese a ser este archivo uno de los principales núcleos del secreto vaticano, no es ni el lugar custodiado con más ahínco, ni el que posiblemente albergue los mayores y más comprometedores hechos recientes de la Santa Sede.

En el corazón del Vaticano existe una antigua torre fortificada construida en tiempos de Nicolás V como parte de un proyecto que incluía una serie de edificaciones de carácter defensivo. Se encuentra pegada al palacio Apostólico y enfrente de la imprenta del Vaticano. En la actualidad, esta torre, perpetuamente custodiada por la Guardia Suiza, es la sede del Istituto per le Opere di Religione (Instituto para las Obras de Religión [IOR]). Siempre se ha creído que en su interior se custodia todo lo referente, pasado y presente, a las finanzas vaticanas. Pero la realidad es mucho más sorprendente aún.

LA CASA DE LOS SECRETOS

Aun siendo muchos los secretos que custodian los gruesos muros de la torre y quienes en ella trabajan, si algún intrépido investigador aprendiz de agente secreto consiguiera acceder a los archivos del IOR se llevaría una notable decepción. La documentación del instituto con más de diez años de antigüedad es sistemáticamente destruida, al menos eso es lo que en su día dijo el abogado del Banco Vaticano, Franzo Grande Stevens, para justificar que no hubiese ningún registro de la Segunda Guerra Mundial. No se conservan facturas, memorandos o informes más allá de 1995. Se trata de una organización muy peculiar, ya que por un lado es una institución financiera oficial de un Estado soberano, pero por otro funciona como una institución de crédito ordinaria con multitud de importantes clientes que, ante todo, incluso más allá de la rentabilidad, valoran la discreción de un banco cuyo balance y estado real de cuentas tan sólo es conocido por el papa y

tres de sus cardenales. Ser una institución oficial de un Estado soberano le otorga al IOR un plus de impunidad a la hora de hacer frente a algún tipo de repercusión legal por sus actividades. Incriminar al instituto en un proceso judicial del tipo que sea traspasaría las fronteras de lo meramente jurídico para constituir un incidente diplomático de primer orden.

El IOR puede transferir fondos a cualquier parte del mundo sin límite de cantidad o distancia, garantizando la total opacidad de las transacciones ante cualquier mirada curiosa. Su funcionamiento es autónomo y no tiene lazos ni está subordinado a ninguna otra institución de la Santa Sede.¹ Ningún órgano, ni dentro ni fuera del Vaticano, ha sometido nunca al IOR a una auditoría.

La Ciudad del Vaticano alberga tres instituciones financieras: el Patrimonio Apostólico de la Santa Sede, que hace las veces de banco central vaticano, el Ministerio de Economía y el IOR. Resulta curioso que un Estado de tan sólo ochocientos habitantes necesite de tres instituciones financieras de gran calado. El IOR no responde ni ante el Patrimonio Apostólico ni ante el Ministerio de Economía. Los informes del organismo son materia reservada y sólo pueden ser revisados mediante una autorización especial del papa.²

El hermetismo del IOR llega a tal extremo que en 1996 el cardenal Edmund Casimir Szoka, presidente de la Comisión Pontificia para el Estado Ciudad del Vaticano, una de las mayores autoridades del gobierno de la Santa Sede, tuvo que reconocer que carecía de autoridad y conocimientos en todo lo referente al ins-

1. Reese, Thomas J., *Inside the Vatican*, Harvard University Press, Cambridge, 1996.

2. Levy, Jonathan, «The Vatican Bank», artículo en el libro *Everything You Know is Wrong: The Disinformation Guide to Secrets and Lies*, varios autores, Disinformation Books, Nueva York, 2002.

tituto. Para muchos inversores de alto nivel la propuesta que se les hace desde los suntuosos salones del Vaticano no puede ser más tentadora: la posibilidad de invertir cantidades astronómicas de dinero a intereses que pueden alcanzar el 18 por 100, sin riesgo y de forma totalmente confidencial.

A lo largo de su historia, el IOR se ha convertido en una inagotable fuente de escándalos para la prensa europea. Por igual, reporteros sensacionalistas y los más serios y abnegados periodistas de investigación han empleado miles de horas de trabajo, y escrito centenares de artículos y libros, intentando desentrañar la verdadera naturaleza de las actividades de esta misteriosa institución. Se ha hablado de relaciones con la mafia, con el tráfico internacional de armas, de evasión de impuestos, de escándalos financieros y de fondos y bienes ilimitados procedentes del ocaso del Tercer Reich. Muchas de estas acusaciones no han sido más que intentos, más o menos oportunistas, de crear morbo a costa del secreto que envuelve al instituto; otras, en cambio, parecen más justificadas e incluso han dado lugar a acciones legales, como las emprendidas en su momento por los supervivientes del Holocausto, reclamando bienes y obras de arte que podrían proceder de incautaciones hechas ilegalmente contra judíos durante el período nazi, como el caso Alperin contra el Banco Vaticano.

LA HUCHA DEL PAPA

Uno de los más peculiares artificios de las finanzas vaticanas consiste en que cada cierto tiempo la Santa Sede hace públicos unos informes financieros en los que detalla los balances económicos de todas y cada una de las instituciones del Vaticano, a excepción del Instituto para las Obras de Religión, que ni siquiera es mencionado. Esta circunstancia hace posible que aunque el in-

forme financiero del Vaticano declare déficit (tal es el caso actual sin ir más lejos), el IOR cuenta con unos activos que se cuantifican en miles de millones de dólares.³ La misma titularidad del IOR es un asunto no exento de misterio, al menos si atendemos a lo que al respecto dice el propio Vaticano. Una de las mayores autoridades en este asunto era el sacerdote Thomas J. Reese, autor de varios libros muy documentados sobre la Santa Sede. En uno de ellos, *Dentro del Vaticano*,⁴ hace una curiosa afirmación sobre a quién pertenece realmente el instituto: «El IOR es el banco del Papa; en cierto sentido, se puede decir que él es el único y exclusivo accionista. A él le pertenece y él lo controla».

Esta afirmación es doblemente curiosa si tenemos en cuenta que llamó la atención de los tribunales federales estadounidenses, que en la época en que se publicó el libro buscaban pruebas que pudieran señalar hacia la titularidad privada del IOR. La declaración del padre Reese, que los abogados de la Santa Sede presentaron ante el tribunal, es, como poco, llamativa. El sacerdote negaba tener conocimiento alguno de las finanzas vaticanas, echaba por tierra sus propias investigaciones y, centrándose en la expresión «en cierto sentido», afirmaba que sus palabras habían sido malinterpretadas: «Desconozco en calidad de qué actúa el Papa en lo referente al Instituto».

Los documentos del Vaticano que hacen referencia o afectan al funcionamiento de las finanzas de la Santa Sede están todos ellos salpicados de afirmaciones como «siempre manteniendo intacto el especial carácter del IOR», «sin incluir al IOR» o «con pleno respeto al estatuto jurídico del IOR»,⁵ que subrayan la peculiaridad y autonomía del instituto. Cuando en la época de Pablo VI el cardenal Egidio Vagnozzi, amigo personal del papa, fue

3. Williams, Paúl L., *op. cit.*

4. Reese, Thomas J., *op. cit.*

5. Martín, Malachi, *op. cit.*

puesto al frente de la prefectura de asuntos económicos de la Santa Sede, llegó a decir, algo molesto por el continuo secreto que envolvía las actividades del IOR, que «sería necesaria una combinación del KGB, la CÍA y la Interpol sólo para tener un atisbo de dónde están los dineros».⁶

El particular sistema de gobierno de la institución no favorece en absoluto su transparencia. El IOR tiene tres juntas directivas independientes: una compuesta por cardenales, otra por banqueros internacionales y funcionarios de la institución y una dirección gerente que se ocupa de los asuntos del día a día.

El origen del IOR hay que buscarlo en el momento de la coronación del cardenal Pacelli como Pío XII. Aquella ceremonia tuvo muchas diferencias respecto a las de sus recientes predecesores. Para empezar, se celebró en la imponente basílica de San Pedro, en lugar de en la mucho más recogida Capilla Sixtina. El nuevo pontífice insistió en que la ceremonia fuera retransmitida al mundo entero a través de Radio Vaticana. Además, fue el primer pontífice en ser coronado con la tiara, esto es, la triple corona que representa el triple poder del papa: padre de los reyes, rector del mundo y vicario de Cristo. Hay otra interpretación simbólica que dice que las tres coronas simbolizan a la Iglesia militante, la Iglesia sufriente y la Iglesia triunfante en los últimos cien años. Todo ello eran claros indicios de que el esplendor, la majestad y la gloria del Vaticano habían regresado.

LA DANZA DEL SOL

La ceremonia, en la que no se reparó en gastos, fue el prólogo perfecto del que sin duda se puede definir como uno de los pon-

6. Yailop, David, *op. cit.*

tificados más sólidos de la historia; Pío XII fue un papa fuerte que llevó a la Santa Sede y a la Iglesia en la dirección que creyó más conveniente. Era un hombre de gran carisma personal que condujo el Vaticano con el rigor y la autoridad de los «papas reyes» de antaño. Los burócratas de la Santa Sede tenían que arrodillarse si recibían una llamada telefónica del pontífice, el personal de servicio debía cumplir sus tareas en el más estricto silencio y los jardineros se escondían tras los arbustos si el Santo Padre salía a dar un paseo por los jardines.⁷ (Otro de los trabajos extra que tenían los jardineros vaticanos del período de Pío XII era el de exterminar, en la medida de lo posible, todos los insectos, de forma que el papa no se encontrara con ninguno, ya que los detestaba profundamente, sobre todo las moscas.) Aparte de esta pequeña rareza, también habría que destacar su carácter marcadamente hipocondríaco, que trajo de cabeza a cuantos doctores le trataron.

En el terreno político, una de las primeras acciones que Pío XII llevó a la práctica fue la de intentar evitar el estallido de la Segunda Guerra Mundial y predicar una paz basada en el derecho. Propuso un programa de paz de cinco puntos, entre los que destacaban un desarme general, el reconocimiento de los derechos de las minorías y un derecho de independencia de las naciones. Sus esfuerzos no lograron el fruto esperado.

Otra muestra de su fortaleza de carácter la podemos encontrar en el hecho de haber sido el único pontífice del siglo xx en ejercer el Magisterio Extraordinario o, lo que es lo mismo, la infalibilidad papal, cuando en 1950 declaró oficialmente el dogma de la Asunción de la Virgen a través de su encíclica *Munificentissimus Deus*. Ello fue una muestra más de su especial devoción por la Virgen, expresada además en su iniciativa de declarar

7. Cornweil, John, *op. cit.*

1954 como año mariano y en su empeño personal por promover el culto a la Virgen de Fátima.⁸

Esta afinidad con Fátima se debía, tal vez, a que, presuntamente, él mismo presencié uno de los hechos milagrosos asociados a esta aparición mariana: la danza del sol. El 13 de octubre de 1917, el astro rey pareció comenzar a desplazarse por el cielo y descender hacia las treinta mil personas que llenaban el valle de las apariciones de Fátima, secando sus ropas, mojadas por la pertinaz lluvia que había caído. El sol descendió girando en zigzag, según relatan quienes allí estaban. Pío XII aseguraba que él había presenciado un fenómeno semejante en los jardines del Vaticano, y que incluso había recibido en ese instante mensajes del cielo.⁹ El presunto milagro ocurrió los días 30 y 31 de octubre y 1 de noviembre de 1950, aunque, por desgracia, el papa fue el único que presencié el sorprendente fenómeno.

FUERA LOS MILANESES

El sesgo proalemán del nuevo papa, al que sus años de nuncio en Alemania habían influido notablemente, pronto se hizo patente a través de un estrechamiento de los lazos con el régimen de Hitler. Estas relaciones se mantuvieron en un cauce de concordia gracias a la notable influencia que tuvo sobre Hitler la confirmación del papa de que el arzobispo Cesare Orsenigo continuaría como nuncio de Su Santidad en Berlín. Orsenigo, que llevaba años desempeñando ese puesto y que tenía reputación de hábil diplomático, había aprendido a moverse perfectamente en las procelosas aguas de las estructuras de poder nazis. Otros analistas, mucho

8. McBrien, Richard P., *op. cit.*

9. Manhattan, Avro, *Catholic Imperialism ana World Freedom*, Watts & Company, Londres, 1952.

más duros, han acusado al nuncio de ser un simpatizante de los nazis y de contar entre sus amistades con un buen número de jefes hitlerianos.¹⁰ En cualquier caso, todo esto forma parte de la agria polémica que lleva años abierta respecto al papel que la Santa Sede desempeñó durante la Segunda Guerra Mundial. Como suele suceder, es muy posible que ninguna de las posturas enfrentadas esté en plena posesión de la verdad.

El comienzo del pontificado de Pío XII también supuso una revisión de la política interna del Vaticano. En aquel momento, la figura de Bernardino Nogara empezaba a verse empañada por la acción de lenguas envidiosas que difundían rumores de todo tipo: desde que el financiero estaba dilapidando los bienes de la Iglesia hasta que pertenecía a una diabólica logia masónica, pasando por la malversación de fondos. Lógicamente, aquellos rumores terminaron por llegar a oídos del papa, que, muy alarmado, designó a un grupo de colaboradores para que investigaran discretamente al financiero vaticano, tanto en su vida personal como profesional. Había otro motivo importante para recelar de Nogara: su profunda y mal disimulada antipatía hacia los alemanes, que se traducían en que tan sólo una cantidad ridícula del dinero que administraba fuera invertida en aquel país.¹¹

Sin embargo, los resultados de la investigación sirvieron para demostrar que las lenguas envenenadas que rodeaban a Nogara no tenían más fundamento que el rencor y la envidia. Además, el nuevo papa era romano, y muchos romanos de la Santa Sede vieron en esta circunstancia la oportunidad de acabar de una vez por todas con la influencia del clan de milaneses protegidos por Pío XI, del que Bernardino Nogara era una de las cabezas visibles.¹²

10. Wills, Garry, *Papal Sin: Structures of Deceit*, Doubleday, Nueva York, 2000.

11. Chernow, Ron, *op. cit.*

12. Pollard, John F., *Money and the Rise of the Modern Papacy: Financing the Vatican, 1850-1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Se rumoreaba que monseñor Tardini, romano y número dos de la poderosa secretaría de Estado, podía haber desempeñado algún papel en esta campaña antimilanesa que se desarrolló al grito de «fuori i milanesi dal Vaticano» (fuera los milaneses del Vaticano).

Bernardino Nogara llevaba una vida en la que no había espacio más que para el trabajo. Su único pasatiempo era acudir, de vez en cuando, al cine a ver películas estadounidenses. No tenía novia, ni amante, ni recurría a los servicios de prostitutas, ni siquiera veía pornografía. Era más célibe que algunos sacerdotes de Roma. Tenía un sueldo bastante modesto para el trabajo que realizaba y buena parte de aquel exiguo salario lo dedicaba a obras de caridad. Sólo se relacionaba con devotos católicos, y sus amigos extranjeros eran la flor y nata de la banca internacional, como los Rothschild de París y Londres, o algunos altos directivos del Credit Suisse, el Hambros Bank de Londres, el Banco J. P. Morgan, el Bankers Trust Company de Nueva York y el Banque de Paris et des Pays Bas (Paribas). Lo más escandaloso de su vida era que no se perdía, bajo ningún concepto, una película de Rita Hayworth.

EL INSTITUTO PARA LAS AGENCIAS RELIGIOSAS

En cuanto a la gestión del financiero, el papa podía estar igualmente satisfecho. Durante el período que había durado su gestión administrativa, Nogara había casi centuplicado el patrimonio de la donación original de Mussolini de mil setecientos cincuenta millones de liras. No había rastro de malversación alguna y la Iglesia era rica como nunca antes lo había sido.

El pontífice reconoció que había hecho mal desconfiando del leal financiero y le confirmó en su puesto. No obstante, tal vez debido a este resquemor inicial o a una simple incompatibilidad de caracteres, la relación no fue, ni mucho menos, tan fluida

como lo fue con Pío XI. En este sentido, resulta revelador que los diarios de Nogara sólo hagan referencia a sus encuentros con Pío XI y no a los mantenidos con Pío XII, que fueron igual de numerosos. En cualquier caso, la relación profesional sí que fue igual de fructífera y, a pesar de incluir un período de gran convulsión como fue la Segunda Guerra Mundial y los primeros compases de la guerra fría, supuso la consolidación definitiva de la riqueza vaticana. Ambos hombres se respetaban mutuamente y la frialdad de su trato tal vez se debiera a que eran demasiado similares para congeniar completamente: eran dos hombres que habían consagrado toda su vida, sin reparar en sacrificios, a la misma causa, engrandecer a una Iglesia a la que habían podido ver no hacía tanto tiempo en una situación de extrema debilidad.

Nogara convenció a Pío XII de la necesidad de que el Vaticano contara con su propio banco, una institución financiera que le permitiera operar en los mercados financieros internacionales con mayor autonomía. Ello les permitiría, entre otras cosas, atenuar en gran medida la preocupante dependencia que sufría el Vaticano respecto a Italia. El suministro eléctrico, el agua, la comida, el teléfono y el telégrafo dependían del gobierno italiano. Incluso Radio Vaticana estaba sometida a la censura del gobierno fascista. Sin embargo, había una dependencia más preocupante si cabe. Tener que guardar la totalidad de sus activos financieros en bancos extranjeros, fundamentalmente italianos, colocaba al Estado Vaticano en una situación sumamente anómala.

El nuevo banco extendería hasta el infinito las posibilidades de lucro de las finanzas vaticanas, ya que podría contar con una selecta y exclusiva clientela a la que se le ofrecerían servicios difícilmente disponibles en otras entidades. No hacía falta echarle demasiada imaginación para comprender el agrado con que los empresarios italianos verían la posibilidad de sustraer, de una manera fácil y segura (a fin de cuentas sería el banco de la Santa Sede), importantes cantidades de dinero del escrutinio de la hacienda pública.

El 27 de junio de 1942, Pío XII y Bernardino Nogara firmaron el documento con el que nació el que fue denominado Instituto para las Agencias Religiosas, posteriormente Instituto para las Obras de Religión. Monseñor Alberto di Jorio, que hasta ese momento había sido la mano derecha de Nogara, fue nombrado presidente de la nueva institución. El cargo es menos relevante de lo que parece, ya que Nogara se reservó para sí mismo un nebuloso título de «delegado» que le permitía mantenerse oficialmente al margen de las operaciones del recién creado instituto, al tiempo que conservaba la capacidad de supervisar sin límites ni restricciones todas y cada una de sus operaciones. No obstante, el poder supremo de la institución recaía sobre el papa, que, aunque ya no era el rey de antaño, capaz de reclutar enormes ejércitos y convocar cruzadas para aplastar a sus enemigos, acababa de adquirir el arma perfecta para combatir en otros campos de batalla, que iban a ser no menos importantes que aquellos en los que peleaban desde hacía tres años los soldados de la Segunda Guerra Mundial. No, el papa ya no tenía ejércitos, pero en la batalla económica había convertido la Santa Sede, de nuevo gracias a Bernardino Nogara, en una potencia digna de ser tenida en cuenta.

5
**EL OTRO HOLOCAUSTO
EL VATICANO Y EL GENOCIDIO
EN CROACIA**

La mayor parte de la gente ignora que durante la Segunda Guerra Mundial se produjo otro genocidio cuya brutalidad superó con creces lo visto en los campos de concentración nazis. El asesinato de medio millón de serbios en Croacia ya ha pasado por derecho propio a los anales de los más infames crímenes contra la humanidad. El papel de la Iglesia católica en esta tragedia no fue en absoluto menor.

Cuando Adolf Hitler atacó Yugoslavia el 6 de abril de 1941, resultó inmediatamente evidente que la Wehrmacht contaba con el apoyo de grupos traidores dentro del Estado yugoslavo. El ejército del país estaba entre la espada y la pared, superado por la inmensa maquinaria de guerra alemana y apuñalado por la espalda por terroristas pronazis miembros del Partido Ustasha, una peligrosa organización croata de extrema derecha. Incluso los mandos de algunas unidades de mayoría croata estuvieron en conversaciones con los nazis, abriéndoles prácticamente las puertas del

país.¹ El Estado independiente de Croacia fue declarado el 10 de abril de 1941, el mismo día en que la 14.^a división *panzer* alemana entró en Zagreb y fue recibida con entusiasmo por la población. La invasión de Yugoslavia por parte de las tropas de Hitler supuso la división del país en dos naciones independientes. La católica Croacia veía hecho realidad su sueño de independizarse de la Serbia ortodoxa. En términos de su organización e ideología, el nuevo Estado croata era una nación totalitaria fundada en el principio de un Führer que, siempre que mantuviera su subordinación a Alemania, podía hacer y deshacer a su antojo.

El caudillo que tomó las riendas del país fue Ante Pavelic, jefe de los ustashi. Pavelic y sus seguidores habían estado exiliados en Italia bajo la protección de Mussolini, ya que eran buscados por los gobiernos de Francia y Yugoslavia acusados de planear los asesinatos del rey Alejandro de Yugoslavia y el primer ministro francés Louis Barthou. Pavelic estableció en Croacia, con la ayuda de sus padrinos nazis, el NDH «Nezavisna Drzava Hrvatska» (Estado independiente de Croacia). El 14 de abril, el primado de Croacia, Alojzije Stepinac, se reunía con Pavelic para transmitirle su felicitación al tiempo que repicaban todas las campanas del país para celebrar la victoria. A cambio, Stepinac recibió el nombramiento de Supremo Vicario Apostólico Militar del Ejército ustashi. La prensa católica se deshacía en halagos hacia el dictador;

Dios, que controla el destino de las naciones y dirige el corazón de los reyes, nos ha dado a Ante Pavelic y ha movido al líder de un pueblo amistoso y aliado, Adolf Hitler, a emplear sus tropas victoriosas para dispersar a nuestros opresores y permitirnos crear un Estado independiente de Croacia. Gloria a Dios, nuestra gratitud a Adolf Hitler, e infinita lealtad al jefe Ante Pavelic.²

1. Keegan, John, *The Second World War*, Penguin Books, Nueva York, 1990.

2. Manhattan, Avro, *Catholic Imperialism ana World Freedom*, op. cit.

Tal efusión no es de extrañar si tenemos en cuenta que una investigación de la comisión yugoslava de crímenes de guerra estableció que el arzobispo Stepinac había sido uno de los principales actores en la conspiración que condujo a la conquista de Yugoslavia. A fin de cuentas, la Iglesia católica llevaba siglos soñando con la idea de un reino católico en los Balcanes, algo que finalmente sucedió cuando Pavelic y Hitler auparon al trono a Tomislav II, cuya función fue meramente decorativa. La identidad del Estado estaba basada más en afiliación religiosa que en etnicidad. El fanatismo católico de los ustashi estaba decidido a convertir Croacia en un país católico mediante una combinación de conversiones religiosas forzadas, expulsión y exterminio.

EL HÉROE PAVELIC

El clero apoyaba al régimen con entusiasmo fanático. La mayoría de los católicos compartían las metas ideológicas de los ustashi y recibieron con beneplácito el fin de la tolerancia religiosa impuesta por la antigua Yugoslavia. El papa en persona recibió en audiencia a Pavelic y bendijo a toda la delegación de los ustashi desplazada a Roma, incluida la representación de la Hermandad de los Grandes Cruzados, encargados de convertir al catolicismo a los serbios por medio de tácticas que, como veremos, no eran precisamente evangelizadoras.³

Durante sus cuatro años de existencia como Estado independiente (1941-1945), en Croacia se ejecutó a más de 750.000 ser-

3. Bulajic, Milán, *The Role of the Vatican in the Break-Up of the Yugoslav State: The Mission of the Vatican in the Independent State of Croatia: Ustashi Crimes of Genocide (Documents, facts)*. Ministerio de Información de la República Serbia, Belgrado, 1993.

bios, judíos y gitanos.⁴ De los 80.000 judíos de Yugoslavia, 60.000 fueron asesinados, la gran mayoría de ellos en Croacia. La mayoría de estas matanzas las cometieron los ustashi. Croacia fue el único país, junto con Alemania, en el que funcionaron campos de concentración a gran escala durante la Segunda Guerra Mundial. Al contrario que los nazis, que idearon un sistema de exterminio industrial y discreto, el genocidio en Croacia y Bosnia-Herzegovina se caracterizó por la ejecución de asesinatos rituales en lugares públicos, perpetrados con sádico y desenfrenado entusiasmo. El historiador austríaco Freidrich Heer comentaba en 1968 que lo sucedido en Croacia era el resultado del «fanatismo arcaico de épocas prehistóricas». Según este experto, Pavelic fue «uno de los mayores asesinos del siglo xx». Ello no es óbice para que, curiosamente, Pavelic sea visto como un héroe en la Croacia moderna.

El «héroe» croata solía referirse a los serbios de la siguiente manera; «Los eslavoserbios son el desperdicio de una nación, el tipo de gente que se vende a cualquiera y a cualquier precio...». Buena parte de esta animadversión era azuzada desde los pulpitos. El propio arzobispo Stepinac decía:

Después de todo, los croatas y los serbios pertenecen a dos mundos distintos, polo norte y polo sur, nunca se llevarán bien a no ser por un milagro de Dios. El cisma de la Iglesia ortodoxa es la maldición más grande de Europa, casi más que el protestantismo. Aquí no hay moral, ni principios, ni verdad, ni justicia, ni honestidad.⁵

4. Bulajic, Milán, *Never again: Ustashi Genocide in the independent State of Croatia (NDH) from 1941-1945*, Ministerio de Información de la República Serbia, Belgrado, 1992.

5. Dedijer, Vladimir, *The Yugoslav Auschwitz and the Vatican: The Croatian Massacre of the Serbs during World War II*, Prometheus Books, Nueva York, 1992. La autenticidad de la cita del arzobispo es inapelable, ya que en el libro en cuestión aparece el texto manuscrito de su puño y letra.

El 12 de junio de 1941, todos los judíos y serbios de Croacia se encontraron con que su libertad de movimiento había sido restringida. El ministro de Justicia, Milovan Zanitch, no tenía el menor reparo en declarar el sentido de estas medidas:

Este Estado, nuestro país, es sólo para los croatas y para nadie más. No habrá caminos ni medidas que los croatas no empleen para hacer nuestro país realmente nuestro, limpiando de él a todos los ortodoxos serbios. Todos aquellos que llegaron a nuestro país hace trescientos años deben desaparecer. No ocultamos nuestras intenciones. Es la política de nuestro Estado y para su promoción lo único que haremos será seguir fielmente los principios de los ustashi.⁶

LIMPIEZA ÉTNICA

Para entonces, las matanzas ya habían comenzado. Mile Budak, ministro de Educación del gobierno croata, declaraba en Gospić el 22 de julio de 1941:

Las bases del movimiento ustasha son la religión. Para las minorías, como los serbios, judíos y gitanos, tenemos tres millones de balas. Mataremos a un tercio de la población serbia, deportaremos a otro tercio, y al resto lo convertiremos a la fe católica para que, de esta forma, queden asimilados a los croatas. Así destruiremos hasta el último rastro suyo, y todo lo que quede será una memoria aciaga de ellos...⁷

La campaña de limpieza étnica dio comienzo casi de inmediato. Buena parte de la legislación y estructura administrativa del nuevo Estado se adaptó para que se ajustase lo más posible

6. Manhattan, Avro, *The Vatican Holocaust*, Ozark Books, Springfield, 1988.

7. Dedijer, Vladimir, *op. Cit*

al derecho canónico. Stepinac vio con particular beneplácito la ley que decretaba la pena de muerte por el aborto y la ley que imponía treinta días de cárcel por insultar.⁸ La oposición política fue barrida de la vida pública. Se prohibió la publicación de textos en cirílico, el alfabeto empleado por los serbios. Asimismo, se comenzó una campaña de «arianización» que denegó los matrimonios mixtos entre católicos croatas y miembros de otras etnias. En la entrada de los parques se instalaron carteles en los que podía leerse: «Se prohíbe la entrada de serbios, judíos, gitanos y perros».⁹ La Iglesia croata recibió estas medidas con mal disimulado entusiasmo, que quedó revelado, por ejemplo, en las palabras de Mate Mogus, sacerdote de Udbina:

«Hasta ahora hemos trabajado para la fe católica con el libro de plegarias y la cruz. Ahora ha llegado la hora de trabajar con el rifle y el revólver».¹⁰ Mientras, el infame campo de concentración de Dánica comenzó a recibir a sus primeras víctimas: al principio judíos, y luego todos los calificados como «indeseables», esto es, los no católicos, que representaban más del 60 por 100 de la población.

Las atrocidades que se cometieron en los campos de concentración de Croacia no tienen parangón, y en algunos casos superan a las de los nazis. Djordana Diedlender, guardia del campo de Stara Gradiska, dio este estremecedor testimonio durante el juicio contra el comandante del campo, Ante Vrban:

En aquella época, llegaban a diario nuevas mujeres y niños al campo de Stara Gradiska. Ante Vrban ordenó que todos los niños

8. Alexander, Stella, *The Triple Myth. A Ufe of Archbishop Alojzije Stepinac*, East European Monographs, Nueva York, 1987.

9. Crowe, David M., *A History of Gypsies of Eastern Europe ana Russia*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1994.

10. Dedijer, Vladimir, *op. cit.*

11. Cornweil, John, *op. cit.*

fueran separados de sus madres y llevados a una habitación. Se nos dijo a diez de nosotros que los lleváramos allí envueltos en mantas. Los niños gritaban por toda la habitación y uno de ellos puso un brazo y una pierna en la puerta de forma que ésta no pudo ser cerrada. Vrban gritó: «¡Empujadla!». Yo no lo hice, así que él dio un portazo destrozando la pierna del niño, después le cogió por la otra pierna y le estrelló contra el muro hasta matarlo. Tras esto, continuó metiendo a los niños allí. Cuando la habitación estuvo llena, Vrban usó gas venenoso y los mató a todos.¹²

EL PLACER DE MATAR

La ferocidad de los ustashi alarmó incluso a los propios nazis, que temían que una represión tan brutal contra una población tan grande desembocase en un alzamiento armado. El 17 de febrero de 1942, Reinhard Heydrich, uno de los mayores artífices de la Solución Final (el plan de los altos jefes del Tercer Reich para exterminar a los judíos) y, como tal, no caracterizado precisamente por su piedad, expresaba su inquietud al Reichführer de las SS, Heinrich Himmler:

El número de eslavos masacrados por los croatas de las formas más sádicas está estimado en 300.000 [...]. La realidad es que en Croacia los serbios que quedan vivos son aquellos que se han convertido al catolicismo, a quienes se les ha permitido vivir sin ser molestados [...]. Debido a esto, está claro que el estado de

12. Memorando de crímenes de genocidio cometidos contra el pueblo serbio por el gobierno del Estado independiente de Croacia durante la Segunda Guerra Mundial. Octubre de 1950. Enviado al presidente de la V Asamblea General de las Naciones Unidas por Adam Pribicivic, presidente del Partido Democrático Independiente de Yugoslavia, Vladimir Bilayco, antiguo magistrado del Tribunal Supremo de Yugoslavia, y Branko Miljus, antiguo ministro de Yugoslavia.

tensión serbocroata es una lucha entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa.

Ante la fría eficiencia de los nazis, que habían convertido el genocidio en una siniestra clase de producción en masa, los ustashi hacían de la muerte de sus víctimas algo personal, complaciéndose en su tortura pública y humillación. Ésta y no otra es la razón de que se conserven un gran número de testimonios fotográficos de semejantes atrocidades. Se trata de instantáneas que en su mayoría fueron tomadas como «recuerdo» por los verdugos. En ellas se pueden ver barbaridades difícilmente concebibles por una mente cuerda: desde sesiones de tortura jaleadas por un enardecido público hasta procesiones de cabezas clavadas en picas por las calles de Zagreb.¹³ El propio Pavelic encontraba perversamente placentero obsequiar a los diplomáticos que le visitaban con cestas llenas de ojos humanos.¹⁴

Incluso los endurecidos fascistas italianos que controlaban una porción de Croacia durante la guerra estaban horrorizados por los ustashi, y lograron rescatar a un gran número de judíos y ortodoxos, negándose a devolver a una muerte cierta a los refugiados que llegaban a su zona de control. El arzobispo Stepinac se quejó de esta actitud de los italianos tanto ante el obispo de Mostar,

los italianos han vuelto y han reimpuesto su autoridad civil y militar. Las iglesias cismáticas revivieron inmediatamente después de su regreso y los sacerdotes ortodoxos, hasta ahora escondidos, reaparecieron con libertad. Los italianos parecen favorecer a los serbios y perjudicar a los católicos,¹⁵

13. Anderson, Scott y Anderson, Jon Lee, *The League*, Dodd, Mead & Company, Nueva York, 1986.

14. Black, Edwin, *IBM y el Holocausto*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 2001.

15. Dedijer, Vladimir, *op. cit.*

como ante el ministro para asuntos italianos en Zagreb:

Ocurre que en los territorios croatas anexados por Italia se puede observar una caída constante de la vida religiosa y un evidente viraje del catolicismo al cisma. Si la parte más católica de Croacia dejara de serlo en el futuro, la culpa y responsabilidad ante Dios y la historia sería de la Italia católica. El aspecto religioso de este problema lo transforma en mi obligación de hablar en términos simples y abiertos desde el momento en que yo, personalmente, soy el responsable del bienestar religioso de Croacia.¹⁶

LOS FRAILES ASESINOS

Lo más escandaloso de todo este sórdido asunto es que no pocos sacerdotes y, sobre todo, frailes franciscanos, estuvieron al mando de estos campos de la muerte.

Con pocas excepciones aquí y allá, el fenómeno aquí descrito era característico de las masacres ustashi. A diferencia de los exterminios en otros países durante la Segunda Guerra Mundial, era casi imposible imaginar una expedición punitiva ustashi sin la presencia de un sacerdote a la cabeza, tratándose generalmente de un franciscano.¹

El más conocido de ellos fue el fraile franciscano Miroslav Filipovic, que dirigió el campo de Jasenovac, donde se dio una muerte atroz a miles de personas. Otro franciscano de aquel campo, Pero Brzica, ostenta un récord aún más macabro si cabe.

16. Falconi, Cario, *U silenzio di Pió XII*, Sugar, Milán, 1965.

17. *Ibid.*

Ante la llegada de nuevos prisioneros, se hizo evidente la necesidad de asesinar a los ya existentes para hacer sitio a los recién llegados. El personal del campo se mostró entusiasmado ante esta perspectiva:

El franciscano Pero Brzica, Ante Zrinusic, Sipka y yo apostamos para ver quién mataría más prisioneros en una sola noche. La matanza comenzó y después de una hora yo maté a muchos más que ellos. Me sentía en el séptimo cielo. Nunca había sentido tal éxtasis en mi vida. Después de un par de horas había logrado matar a 1.100 personas, mientras los otros sólo pudieron asesinar entre 300 y 400 cada uno. Y después, cuando estaba experimentando mi más grandioso placer, noté a un viejo campesino parado mirándome con tranquilidad mientras mataba a mis víctimas y a ellos mientras morían con el más grande dolor. Esa mirada me impactó; de pronto me congelé y por un tiempo no pude moverme. Después me acerqué a él y descubrí que era del pueblo de Klepci, cerca de Capijina, y que su familia había sido asesinada, siendo enviado a Jasenovac después de haber trabajado en el bosque. Me hablaba con una incomprensible paz que me afectaba más que los desgarradores gritos que se sucedían a mi alrededor. De pronto sentí la necesidad de destruir su paz mediante la tortura y así, mediante su sufrimiento, poder yo restaurar mi estado de éxtasis para poder continuar con el placer de infligir dolor.

Le apunté y le hice sentar conmigo en un tronco. Le ordené gritar: «¡Viva Poglavnik Pavelic!», o te corto una oreja. Vukasin no habló. Le arranqué una oreja. No dijo una palabra. Le dije otra vez que gritara: «¡Viva Pavelic!» o te arranco la otra oreja. Se la arranqué. Grita: «¡Viva Pavelic!», o te corto la nariz, y cuando le ordené por cuarta vez gritar «¡Viva Pavelic!» y le amenacé con arrancarle el corazón con mi cuchillo, me miró y en su dolor y agonía me dijo: «¡Haga su trabajo, criatura!». Esas palabras me confundieron, me congeló, y le arranqué los ojos, luego el corazón, le corté la gargan-

ta de oreja a oreja y lo tiré al pozo. Pero algo se rompió dentro de mí y no pude matar más durante toda esa noche.

El franciscano Pero Brzica me ganó la apuesta, había matado a 1.350 prisioneros. Yo pagué sin decir una palabra.¹⁸

Por esta hazaña el franciscano recibió el título de «rey de los cortadores de gargantas» y un reloj de oro, posiblemente robado a un prisionero antes de ejecutarlo.

CONVERTIRSE O MORIR

La barbarie, lejos de decrecer, fue en aumento y llegó un punto en que ni tan siquiera la formalidad de los campos de exterminio fue considerada necesaria. Pueblos enteros fueron asaltados y sus habitantes pasados a cuchillo, cuando no asesinados con martillos y hachas, ahorcados o incluso crucificados. Los serbios sufrieron las torturas más atroces, que se cebaban con especial saña en los sacerdotes ortodoxos, muchos de los cuales fueron quemados, desollados o descuartizados vivos:

Las ejecuciones en masa eran comunes, las víctimas, degolladas y a veces despedazadas. En muchas ocasiones era común ver pedazos de carne colgados en carnicerías con un cartel que decía «carne humana». Los crímenes de los alemanes en los campos de exterminio parecían pequeños comparados con las atrocidades cometidas por los católicos. Los ustashi adoraban los juegos de tortura que se convertían en orgías nocturnas, y que incluían clavar clavos al rojo vivo debajo de las uñas, poner sal en las heridas abiertas, cortar todas las

18. Bulajic, Milán, *The Role of the Vatican in the Break-Up of the Yugoslav State: The Mission of the Vatican in the Independent State of Croatia: Ustashi Crimes of Genocide (Documents, facts), op. cit.*

partes humanas concebibles y competir por el título de quién era el mejor degollando a sus víctimas. Quemaron iglesias ortodoxas llenas de gente, empalaron niños en Vlasenika y Kladany, cortaron narices, orejas y arrancaron ojos. Los italianos fotografiaron a un ustashi que tenía dos cadenas de lenguas y ojos alrededor del cuello.¹⁹

Todas las propiedades de la Iglesia ortodoxa fueron saqueadas y confiscadas. La mayor parte de este botín fue transferido a la Iglesia católica croata, que seguía encantada con el régimen. El arzobispo de Sarajevo, Saric, llegó al extremo de publicar una poesía enalteciendo al líder de los ustashi:

***Contra los avaros judíos con todo su dinero,
quienes querían vender nuestras almas,
traicionar nuestros nombres,
esos miserables.***

***Usted es la roca donde se edifica
la patria y la libertad.
Proteja nuestras vidas del infierno,
marxista y bolchevique.***

Otro botín, en este caso espiritual y económico a la vez, que recibió la Iglesia católica fue la conversión forzosa de miles de serbios, que, a punta de cuchillo, fueron obligados a renegar de su religión. Estas conversiones en masa fueron calificadas de gran triunfo para el catolicismo por parte de la jerarquía eclesiástica.²⁰ ¿Por qué este botín de almas era también económico? Porque para añadir

19. Deschner, Kariheinz, *Mit Gott una den Faschisten*, Günther Verlag, Stuttgart, 1965.

20. Djilas, Aleksa, *The Contested Country: Yugoslav Unity and Communist Revolution, 1919-1953*, Harvard University Press, Cambridge, 1991.

iniquidad a la infamia, estas conversiones se realizaban previo pago de 180 dinares a la Iglesia por parte del converso. Además, aquellos que sabían escribir debían enviar una carta de agradecimiento al arzobispo Stepinac, que informaba puntualmente al papa de la buena marcha de las conversiones. En cualquier caso, los únicos que tenían opción de salvar la vida mediante la conversión eran los campesinos pobres e incultos de las zonas rurales. Todo serbio educado, con capacidad de conversar o transmitir algo parecido a una identidad nacional serbia era asesinado sin posibilidad de salvación.

EL VISITANTE APOSTÓLICO

El 14 de mayo de 1941, los serbios de la localidad de Glina fueron concentrados en un salón de actos por una banda de ustashi comandados por el abad del monasterio de Gunic. A continuación, se les ordenó que mostraran sus certificados de conversión. Sólo dos de ellos disponían del documento. El resto fueron degollados mientras el abad rezaba por sus almas.

Entre la venta de certificados de conversión y el saqueo de los tesoros custodiados en las iglesias ortodoxas, no resulta exagerado decir que si hubo alguien que obtuvo beneficio económico del genocidio cometido por los croatas fue, precisamente, la Iglesia católica. A cambio, durante toda la guerra, la Iglesia católica apoyó oficialmente al régimen, a pesar de que sus desmanes y locuras eran públicos y notorios.

El Vaticano no podía alegar desconocimiento de estos graves sucesos. El 17 de marzo de 1942, el Congreso judío mundial envió a la Santa Sede una nota de auxilio, una copia de la cual aún se conserva en Jerusalén;

Varios miles de familias han sido deportadas a islas desiertas en la costa dalmata o internadas en campos de concentración [...]. To-

dos los hombres judíos han sido enviados a campos de trabajo donde se les han encomendado trabajos de drenaje o saneamiento durante los cuales han perecido en gran número [...]. Al mismo tiempo, sus esposas e hijos fueron trasladados a otros campos donde igualmente tuvieron que afrontar graves privaciones.

Monseñor Giuseppe Ramiro Marcene, un benedictino de la congregación de Monte Vergine y miembro de la academia romana de Santo Tomás de Aquino, era el representante personal del papa en el episcopado de Croacia, y mantenía al Santo Padre al corriente de todo lo que allí sucedía. Los defensores del Vaticano alegan que Marcene era un simple «visitante apostólico». Sin embargo, para el Ministerio de Asuntos Exteriores en Zagreb, el padre Marcene tenía estatus de «delegado de la Santa Sede», y en las ceremonias oficiales se le colocaba por delante, incluso, de los representantes del Eje, siendo considerado decano del cuerpo diplomático. Además, Marcene, en su correspondencia con el gobierno ustashi, se calificaba a sí mismo como *Sancti seáis legatus o Elegatus*, pero nunca como «visitante apostólico».

Los medios de comunicación también se hacían eco de esta situación. El 16 de febrero de 1942, la BBC emitía el siguiente informe sobre Croacia:

Las peores atrocidades están siendo cometidas alrededor del arzobispo de Zagreb. La sangre de hermanos corre en arroyos. Los ortodoxos están siendo obligados a la fuerza a convertirse al catolicismo y no escuchamos la voz del arzobispo predicando la rebelión. En su lugar, se informa de que está tomando parte en desfiles nazis y fascistas.

Ni siquiera cuando la prensa internacional comenzó a informar ampliamente sobre las barbaridades cometidas por clérigos católicos, el papa hizo algo por detener a los sanguinarios fran-

ciscanos. La propia prensa católica croata reflejó en sus páginas la persecución, tratándola como si fuese lo más normal del mundo. El 25 de mayo de 1941, en el *Katolicki List*, el sacerdote Franjo Kralik publicó un reportaje titulado «¿Por qué los judíos están siendo perseguidos?», en el que se justificaba el genocidio de la siguiente forma:

Los descendientes de aquellos que odiaron a Jesús, que lo condenaron a muerte, que lo crucificaron e inmediatamente persiguieron a sus discípulos, son culpables de excesos más grandes que los de sus antepasados. La codicia crece. Los judíos que condujeron a Europa y al mundo entero al desastre —moral, cultural y económico— han desarrollado un apetito que solamente el mundo en su totalidad puede satisfacer. Satanás les ayudó a inventar el socialismo y el comunismo. El amor tiene sus límites. El movimiento para liberar al mundo de los judíos es un movimiento para el renacimiento de la dignidad humana. El Todopoderoso y Sabio Dios está detrás de este movimiento.

EL FIN DE STEPINAC

Cuando se vio con claridad que el curso de la guerra iba a ser contrario al Eje, Stepinac realizó algunos actos de «repentino humanitarismo», actos en los que se basaron los revisionistas croatas para pedir al Yad Vashem israelí, la Autoridad Nacional para el Recuerdo de los Mártires y Héroes del Holocausto, la inclusión de Stepinac en su «Lista de Justos». La petición ha sido denegada en dos ocasiones. Un representante de la institución declaró al respecto que «personas que, ocasionalmente, ayudaron a un judío y colaboraron simultáneamente con un régimen fascista que fue parte del plan de exterminio nazi contra los judíos, quedan descalificadas para el título de "Justo"».

Los contactos de los ustashi con el Vaticano no terminaron con el final de la Segunda Guerra Mundial. El 25 de junio de 1945, tan sólo siete semanas después de concluido el conflicto, los ustashi contactaron con una misión papal en Saizburgo, en la zona de Austria que estaba bajo la administración estadounidense. Pedían al papa su ayuda para la creación de un Estado croata, o, al menos, una unión danubio-adriática en la que los croatas pudieran establecerse.²¹ La propia Iglesia escondió y ayudó a huir a Ante Pavelic —burlando a las autoridades aliadas—, que logró escapar a Argentina.²² En su lecho de muerte, y bajo la protección de Franco, recibió la bendición personal del papa Juan XXIII. Juan Pablo II rehusó visitar en reiteradas ocasiones los campos de concentración de Jasenovac en sus visitas a Croacia, prefiriendo recibir al ex líder croata y negador del Holocausto Franjo Tudjman.

Finalmente, uno de los factores que más llama la atención de esta historia es que, al terminar la guerra, el Vaticano no hizo nada por socorrer a Stepinac, circunstancia que conocemos por una carta del mariscal Tito fechada en Zagreb el 31 de octubre de 1946:

Cuando el representante del Papa ante nuestro gobierno, el obispo Hurley, me hizo su primera visita, le planteé la cuestión de Stepinac. «Llévenselo de Yugoslavia», le dije, «porque de otra forma nos obligarán a ponerlo bajo arresto». Advertí al obispo Hurley de las acciones que tendríamos que seguir. Discutí el asunto detalladamente con él. Le hice saber de los muchos actos hostiles de Stepinac contra nuestro país. Le di un archivo con toda clase de pruebas documentales de los crímenes del arzobispo.

21. Aarons, Mark y Loftus, John, *Unholy Trinity: The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1998.

22. *Ibid.*

Esperamos cuatro meses sin que se produjera ninguna respuesta, hasta que las autoridades arrestaron a Stepinac y le llevaron a juicio, de manera semejante a cualquier otro individuo que actúe contra el pueblo.

El arzobispo salió bastante bien parado, a pesar de lo sórdido de sus andanzas durante la guerra. Fue juzgado y condenado a dieciséis años de prisión en un juicio que contó con los testimonios de decenas de testigos que contaron toda clase de tropelías cometidas por clérigos católicos bajo el reino del terror ustashi. Su única defensa durante el juicio fue decir: «Tengo la conciencia tranquila». Sólo en ese momento actuó Pío XII, apresurándose a excomulgar a los participantes en el juicio, y consiguiendo finalmente su liberación años después. Stepinac fue elevado a la categoría de beato por Juan Pablo II en octubre de 1998.

RATAS A LA CARRERA
EL VATICANO AL FINAL DE LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Lejos de ser un misterio histórico, la fuga de miles de proscritos nazis a América del Sur y otras partes del mundo es un hecho sobradamente documentado en el que se sabe que la Santa Sede tomó parte activa. Personajes tan siniestros como Pavelic, Klaus Barbie o Joseph Mengele partieron al exilio haciendo escala previa en el Vaticano. Mientras, en Croacia, los últimos ustashi esperaban que una oportuna intervención de la diplomacia vaticana propiciara la creación de un Estado croata independiente de Yugoslavia.

Cuando quedó claro que Zagreb iba a ser liberada por las tropas aliadas, los ustashi intentaron salvar todo lo que pudieron. A finales de abril de 1945, Pavelic, con plena autorización de su amigo Stepinac, ordenó que fueran llevados al Monasterio franciscano de Zagreb treinta y seis cofres con el macabro botín (joyas y dientes de oro, principalmente) requisado a las víctimas de la matanza de serbios, judíos y gita-

nos.¹ Sin embargo, Pavelic retuvo consigo otros trece cofres para asegurarse su huida y un cómodo retiro.² Los monjes escondieron el tesoro primero en una cripta debajo del altar mayor y, más tarde, en un agujero excavado bajo los confesionarios, donde permaneció hasta que fue recuperado por las tropas del mariscal Tito. Tras enterrar su botín, Pavelic partió al mando de mil quinientos leales en dirección a Austria,³ esperando contar con el amparo de los británicos y el Vaticano. Pero no contaba con ser hecho prisionero por los estadounidenses, que le venían siguiendo la pista desde su llegada a Austria. Consiguieron aprehenderle cerca de Saizburgo.

Sin embargo, cuando ya se estaban ultimando los preparativos para el juicio por crímenes de guerra, Stepinac y el arzobispo de Saizburgo intercedieron para que Pavelic fuera puesto en libertad. Finalmente, el criminal de guerra encontró cobijo entre los mismísimos muros del Vaticano, aunque su estancia fue corta. Para evitar el escándalo, Pío XII, consciente de que la victoria aliada había dado un vuelco a la política mundial, invitó a Pavelic a marcharse de la Santa Sede disfrazado de sacerdote en un automóvil con matrícula diplomática. Pavelic mantuvo la identidad falsa de sacerdote durante un tiempo bajo los alias de padre Benares o padre Gómez.⁴ Los estadounidenses siguieron al escurridizo Pavelic, pero decidieron no actuar por deferencia hacia la Santa Sede. Los agentes de la contrainteligencia militar encargados del asunto así lo aclaraban en un informe: «Los actuales contactos de Pavelic son a tan alto nivel, y su presente situación tan comprometedora para el Vaticano,

1. Manhattan, Avro, *The Vatican tiolocaust, op. cit.*

2. Goñi, Uki, *La auténtica Odessa. La fuga nazi a la Argentina de Perón*, Paidós, Barcelona, 2002.

3. «Supreme Allied HQ to 6th and 12th Army Groups. Apprehension of Croat Quislings», 5 de junio de 1945. Documento desclasificado del Ejército estadounidense.

4. Aarons, Mark, *op. cit.*

que su extradición podría suponer un problema para la Iglesia católica».⁵

Más o menos por aquellas fechas, el padre Krunoslav Draganovic, secretario de la Confraternidad croata de San Girolamo, que formaba parte de la Pontificia Obra de Asistencia creada por Pío XII, una institución del Vaticano en Roma, recibía desde Croacia más de cuatrocientos kilos de oro⁶ que debían ser empleados «en la obra de asistencia y cuidado pastoral de los prófugos de Croacia». (Es decir, para ayudar a los antiguos ustashi a escapar de las autoridades aliadas en general y de los partisanos de Tito en particular.) En honor a la verdad, hay que reconocer que este oro no formaba parte del botín de las víctimas serbias y judías, como precisa monseñor Simcic, actualmente experto permanente de la Comisión Pontificia Ecclesia Dei, y entonces colaborador de Draganovic:

Para esta operación caritativa tuvo a su disposición dos cajas de lingotes de oro sacadas por el Ejército en retirada del frente, ante el avance de los partisanos de Tito. Eran cajas del banco nacional croata, mientras que los bienes secuestrados a los judíos eran administrados por la División del Ministerio de Seguridad Pública. Eran dos administraciones bien distintas.⁷

OPERACIÓN CARITATIVA

Parte de la «operación caritativa» de Draganovic —quien, por cierto, era subordinado del subsecretario de Estado Giovanni

5. U.S. Army Counter Intelligence Corps. Destacamento en Roma. 12 de septiembre de 1947. Caso número 5650-A.

6. Dorril, Stephen, MI6; *Inside the Covert World of Her Majesty's Secret Intelligence Service*, Touchstone, Nueva York, 2000.

7. «¿Adonde fue a parar el oro de los croatas? Fuentes vaticanas acusan a Estados Unidos de superficialidad histórica». Agencia Zenit, 5 de junio de 1998.

Battista Montini, que más tarde se convertiría en Pablo VI—consistió en arreglar, personalmente, la salida hacia Argentina de un buen número de criminales de guerra alemanes y croatas.⁸ El croata franciscano Draganovic no tenía por aquellos días un expediente demasiado limpio, ya que había sido oficial ustashi y había realizado conversiones forzosas de serbios.⁹ En 1943 Draganovic dejó atrás su agitada vida como ustashi y se incorporó al Vaticano.¹⁰ Así que no es de extrañar que mostrase cierto interés por salvar a sus antiguos camaradas.

Hubo un momento en el que no menos de treinta antiguos ustashi, incluyendo al propio Draganovic, se congregaron en el seminario de San Jerónimo (San Girolamo degli Illirici), cinco de los cuales, incluyendo a un sacerdote, estaban en la lista de los criminales de guerra más buscados." Otros se encontraban refugiados en diferentes instituciones católicas, como el Instituto Oriental. Existen, de hecho, informes confidenciales de los servicios de inteligencia estadounidenses de la época en los que, sin ambages, se califica el seminario de San Jerónimo como cuartel general de lo que quedaba de los ustashi.¹² Los servicios secretos aliados no podían hacer nada, ya que San Girolamo, a pesar de encontrarse fuera de las murallas del Vaticano, tenía estatus de territorio de la Santa Sede.

El huésped más ilustre de San Jerónimo fue Klaus Barbie, El Carnicero de Lyon, que le fue entregado a Draganovic en la esta-

8. Loftus, John y Aarons, Mark, *The Secret War against the Jews: How Western Espionage Betrayed the Jewish People*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1997.

9. Hadden, Susan, Hawkins, Daña y Rest, Jason, «A vow of silence», *U. S. News and World Report*, 30 de marzo de 1998.

10. Cockburn, Alexander y St. Clair, Jeffrey, *Whiteout: The CIA, Drugs and the Press*, Verso, Londres, 1998.

11. Payer, John Michael, *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*, Indiana University Press, Bloomington, 2000.

12. «Rome Área Allied Command to the CIC», 8 de agosto de 1945. Documento desclasificado del Ejército estadounidense.

ción de trenes de Genova por oficiales de inteligencia norteamericanos, que esperaban sacar partido de Barbie en el futuro. Draganovic obtuvo documentos de la Cruz Roja con apellido falso para él y su familia. Barbie y otros nazis se embarcaron en Genova, en marzo de 1951, con destino a Buenos Aires, para más tarde trasladarse a Bolivia. Y es que a comienzos de 1948, según se iban tensando las relaciones con la Unión Soviética, británicos y estadounidenses comenzaron a mirar con mejores ojos las operaciones de encubrimiento del Vaticano, ya que algunos de los prófugos poseían conocimientos técnicos, científicos, militares y de inteligencia que podían ser de gran ayuda durante la guerra fría. De hecho, los estadounidenses establecieron su propia operación de contrabando de criminales de guerra —bajo el nombre de Operación Paperclip—, mediante la cual se hicieron con los servicios de científicos de primera fila, como Werner von Braun, que debería haberse sentado en el banquillo de Núremberg por sus experimentos con seres humanos en el centro de investigación aeronáutica de Peenemunde (Alemania), o el general Reinhard Gehlen, que acabó ocupando un puesto de la máxima relevancia en la CÍA antes de hacerse cargo de los servicios de inteligencia de la República Federal de Alemania.

Otros criminales de guerra que obtuvieron refugio tras los muros del Vaticano fueron Franz Stangl, comandante del campo de exterminio de Treblinka (Polonia), Eduard Roschmann, El Carnicero de Riga, el general de las SS Walter Rauff, inventor de la cámara de gas portátil, Gustav Wagner, comandante del campo de Soribibor, y, sobre todo, el doctor Joseph Mengele, el Ángel de la Muerte del campo de Auschwitz.

Draganovic también colaboró con el gobierno argentino para posibilitar la llegada a ese país de los técnicos que el diseñador alemán Kurt Tank necesitaba para la fábrica de aviones de Córdoba. Estos también recibieron pasaportes de la Cruz Roja y fueron alojados en el convento de monjas Centocelle hasta que to-

marón un avión de la Flota Aérea Mercante Argentina con destino a Buenos Aires. (A modo de curiosidad, diremos que aquellos refugiados que estuvieron escondiéndose en conventos de religiosas lo hicieron, en su mayoría, disfrazados de monjas. Tanto es así que en diversos conventos se pudo comprobar un súbito aumento en el número de hermanas, muchas de ellas con graves problemas hormonales a juzgar por lo rudo de su voz y sus ademanes, así como por su vello facial.) Sin embargo, este grupo llevaba consigo un regalo «sorpresa»: ni más ni menos que el criminal de guerra Gerhard Bohne, encargado del programa de eutanasia del Reich.

Así, toda una galería de siniestros personajes, desde Pavelic a Adolf Eichmann, consiguió sus pasajes hacia Argentina a través de la Santa Sede. En el caso concreto de Pavelic, Draganovic hizo una excepción y, tras proporcionarle un flamante pasaporte de la Cruz Roja, le acompañó personalmente hasta Buenos Aires junto a un nutrido grupo de antiguos camaradas ustashi.

Entre los fugados también hubo algunos —pocos— héroes de guerra genuinos que no fueron perseguidos sino por su extraordinario celo en el campo de batalla, como el coronel Hans Rudel, que a los mandos de su bombardero Stuka destruyó más de quinientos tanques soviéticos y hundió varios barcos. Perdió una pierna en combate, pero ello no fue impedimento para seguir luchando hasta el fin de la guerra. Rudel era buscado por la Unión Soviética y apareció en Bariloche, donde pronto se hizo conocido por sus grandes cualidades como esquiador.

EL MÉDICO HOMÓFOBO

Otros no tenían un pasado tan glorioso, como el doctor Kari Vaernet, famoso por los «experimentos» que realizaba con homosexuales en el campo de concentración de Buchenwald, don-

de, entre otras cosas, se dedicó durante una temporada a la castración de gays para reemplazar sus testículos por bolas de metal. Nada más llegar a Argentina, el homófobo doctor pasó a trabajar para el Ministerio de Sanidad y mantuvo una consulta en la bonaerense calle Uriarte. Los nazis de segunda fila, sin los recursos ni los contactos necesarios para disfrutar de los servicios de la peculiar «agencia de viajes» que extraoficialmente funcionaba en San Jerónimo, tuvieron que arreglárselas por su cuenta y terminaron diseminados en países tan diversos como España, Siria, Egipto, Estados Unidos, Gran Bretaña, Brasil, Canadá y Australia. Entre unos y otros, se calcula que no menos de treinta mil prófugos consiguieron eludir la acción de la justicia.

Los servicios secretos estadounidenses siempre sospecharon que los nazis obtenían los pasaportes vaticanos que les permitían instalarse en su dorado retiro sudamericano previo pago de un importe no precisamente barato.¹³ Por otro lado, no todo este dinero acababa en las arcas de la Iglesia. Documentos del Departamento de Estado estadounidense desclasificados en 1998 señalan que el padre Draganovic se enriqueció personalmente con su «operación caritativa», cobrando cuantiosas cantidades a aquellos a los que proveía de documentación falsa.

Los servicios de inteligencia estadounidenses bautizaron el pasillo de escape que el Vaticano facilitó a nazis y antiguos ustashi como *ratline*, la línea de las ratas,¹⁴ un término náutico que se refiere a los flechastes, «los cordeles horizontales que, ligados a los obenques, como a medio metro de distancia entre sí y en toda la extensión de jarcias mayores y de gavia, sirven de escalones a la marinería para subir a ejecutar las maniobras en lo alto de los palos».¹⁵

13. Aarons, Mark y Loftus, John, *Ratlines*, William Heinemann, Londres, 1991.

14. «The Fate of the Wartime Ustashi Treasure», informe del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Junio de 1988.

15. Diccionario de la Real Academia Española.

Es decir, la última parte del barco que se hunde cuando la nave se va a pique. El uso de este término para designar las operaciones que se realizaron y las redes que se establecieron para el rescate de algunos de los asesinos más sanguinarios de la historia europea no podía ser más apropiado.

Existen documentos argentinos que demuestran que en 1946 monseñor Giovanni Battista Montini contactó, al menos en dos ocasiones, con el embajador argentino ante la Santa Sede. En la segunda oportunidad, le transmitió la preocupación del papa por «todos los católicos impedidos de regresar a sus hogares debido a las probabilidades de ser objeto de persecuciones políticas», proponiendo la elaboración de un plan de acción conjunta entre Argentina y la Santa Sede. En ninguno de estos documentos existen referencias específicas sobre la exclusión de dicho plan de los responsables de crímenes de guerra.

Otro de los personajes importantes de esta trama fue el obispo austríaco Alois Hudal, que en 1948 escribió a Juan Domingo Perón pidiéndole cinco mil visados para soldados alemanes y austríacos. Se cuenta la anécdota de que durante una celebración navideña en 1947, Hudal dijo a un grupo de unos doscientos fugitivos nazis ocultos bajo su protección en el Vaticano: «Pueden confiar en que la policía no les encontrará: no es la primera vez que la gente se oculta en las catacumbas de Roma».

El mecanismo para obtener visados funcionaba de manera simple: la dirección de migraciones argentina otorgaba un permiso de desembarco bajo un nombre supuesto al solicitante, con el que el prófugo obtenía de la Cruz Roja un «documento de viaje». Luego, no había más que solicitar un visado en el consulado argentino y someterse a una «certificación de identidad» al llegar a Buenos Aires. En 1949 Juan Domingo Perón decidió que ni tan siquiera había por qué preocuparse de las apariencias y aprobó una amnistía mediante la cual aquellos que ingresaron con nombre falso en el país podían recuperar su identidad. Gracias a ello,

los fugitivos más buscados del mundo lograron iniciar una nueva vida libre de preocupaciones. Entre estos criminales de guerra estaba Erich Priebke, miembro de las SS en Roma, acusado de la matanza de 335 personas en las Fosas Ardeatinas, que escapó bajo un nombre falso, recuperó su identidad en 1949 y vivió como ciudadano modelo en Bariloche, hasta que un equipo de la televisión norteamericana lo descubrió en 1995, precipitando su extradición a Italia.

Fue durante este proceso cuando entró en escena Licio Gelli, uno de los personajes clave en los manejos menos confesables del Vaticano durante la segunda mitad del siglo XX. Gelli tenía el perfil ideal para participar en la operación de exportación de nazis, ya que no sólo había sido oficial de enlace con la División SS Hermann Göring, sino que además contaba con múltiples contactos en la mafia, muy útiles a la hora de sacar a un hombre de Italia burlando la curiosidad de las autoridades o proveerle de toda clase de documentación falsa.¹⁶ Hay indicios de que Gelli pudo actuar en esa época como enlace entre los elementos italianos de las *ratlines* y ODESSA y Die Spinne (La araña), las dos organizaciones clandestinas de antiguos nazis que gestionaban la fuga y recolocación de criminales de guerra.

ESPERANDO A LA CABALLERÍA

Mientras, en Croacia, Stepinac había convocado una conferencia de obispos en Zagreb que tuvo como resultado la proclamación de una carta pastoral en la que los obispos incitaban a la población a levantarse en armas contra el nuevo gobierno del país. Los ustashi que no habían sido ejecutados o que no habían huido del

16. Yailop, David, *op. cit.*

país se echaron al monte formando una organización terrorista con el elocuente nombre de Los Cruzados. La bandera de la organización fue consagrada en la capilla de Stepinac. Muchos sacerdotes y monjes formaban parte de la organización, bien como militantes armados, bien desempeñando labores de espionaje y comunicación. Mucha de la información recogida por estos clérigos espías terminó en poder de los servicios secretos estadounidenses a través del Vaticano.¹⁷

La colaboración entre los estadounidenses y los rebeldes ustashi no es de extrañar si tenemos en cuenta que estos últimos esperaban una intervención norteamericana en Croacia. El propio Stepinac estaba convencido de que tarde o temprano se produciría.¹⁸ Quizá Stepinac tenía motivos para pensar así. A fin de cuentas, por aquellos días Pío XII mantenía una relación más que fluida con la cúpula militar estadounidense. Baste un ejemplo: en un solo día de junio de 1949 el papa recibió en audiencias sucesivas a cinco generales estadounidenses de primera fila.

17. Manhattan, Avro, *The Vatican Holocaust*, *op. cit.*

18. *New Statesman & Nation*. Londres, 26 de octubre de 1946.

HACIENDO BALANCE EL VATICANO Y LA POSGUERRA

Tras la Segunda Guerra Mundial, el panorama político italiano se vio marcado por la importantísima influencia que adquirió el Partido Comunista. Esta circunstancia amenazó la situación de privilegio que hasta entonces había tenido el Vaticano, que defendió sus intereses con la ayuda de dos aliados muy poderosos: la recién creada Central de Inteligencia Americana (CIA) y el Partido Demócratacristiano, estrechamente vinculado con la mafia.

La guerra dejó a Italia en una más que precaria situación económica. Los años de contienda y los combates en suelo italiano que trajo la invasión aliada tuvieron un efecto devastador sobre el tejido empresarial y las infraestructuras del país. Lógicamente, ese efecto se dejó sentir también en las finanzas del Vaticano, ya que a pesar del celo de Bernardino Nogara, que se había esforzado en diversificar e internacionalizar las inversiones de la Santa Sede, lo cierto es que la mayor parte del dinero vaticano estaba invertido en Italia,! sobre todo en empresas y sectores nacionalizados °

controlados por el fascismo. Afortunadamente, el Vaticano no tenía especiales problemas con las fuerzas de ocupación, si exceptuamos su interés por poner fuera del alcance de la ley a los peores criminales de guerra. A fin de cuentas, la actitud de la Santa Sede había sido suficientemente ambigua como para que los estadounidenses no tuvieran ningún contencioso de gravedad con Pío XII.²

Más importante aún es que el Vaticano conservaba su soberanía pese a la guerra y la ocupación. En ningún momento de la contienda la integridad territorial vaticana se vio comprometida, salvo por alguna bomba aliada caída en la estación de ferrocarril de la Santa Sede.³ La principal preocupación de Pío XII durante la posguerra fue mantener ese statu quo y que los acuerdos de Letrán —y con ellos la soberanía de la Santa Sede— permanecieran intactos. Por otro lado, el papa era plenamente consciente del curso que comenzaba a tomar la historia occidental, lo que le llevó a iniciar un proceso de reconciliación con la sociedad seglar. Esto obligó a la Iglesia a abrirse —relativamente— a la realidad de su tiempo, marcada por la guerra fría, la revolución colonial y el fortalecimiento a escala mundial de los planteamientos antiimperialistas y de izquierda.

Otro de los dolores de cabeza que por aquellos días tenía el Vaticano era las políticas marcadamente antirreligiosas que se estaban aplicando en una Unión Soviética más fuerte que nunca tras salir victoriosa de la Segunda Guerra Mundial. La secretaría de Estado vaticana hizo gestiones ante la diplomacia norteameri-

1. Martín, Malachi, *op. cit.*

2. Jones, Tobías, *The Dark Heart of Italy*, North Point Press, Nueva York, 2003.

3. Woolner, David B. y Kunal, Richard G., *FDR, The Vatican, and the Roman Catholic Church in America, 1933-1945 (The World of the Roosevelts)*, Palgrave McMillan, Nueva York. 2003.

cana para que Estados Unidos intercediera ante Stalin a favor del establecimiento de la libertad de culto en la Unión Soviética, gestión que resultó infructuosa.⁴

Entre 1945 y 1948 una nueva nación italiana emergió del desastre del fascismo y de la guerra. El 2 de junio de 1946, un referéndum suprimió la monarquía, instaurando en Italia la república: de poco había servido la tardía abdicación de Víctor Manuel III en su hijo Humberto II, cuyo reinado apenas llegó al mes; un año después quedaba aprobada la nueva Constitución. El papa no hizo nada por defender la monarquía italiana. El 29 de mayo de 1946, pocos días antes del referéndum. Pío XII habló con el director de *La Civiltà Cattolica* y le aseguró que no era contrario a la república, saliendo como garante de la misma ante los miembros más escépticos de la jerarquía eclesiástica:

Mirad los concordatos firmados con los *länder* alemanes inmediatamente después de la guerra, mirad la república de Weimar en Alemania [...]. Ved cómo un Estado regido por una forma republicana y con un fuerte partido de centro ha firmado concordatos satisfactorios. Si esto ha pasado en Alemania, también puede pasar en Italia, que tiene una tradición afín a la alemana.

Los democristianos, los comunistas y los socialistas se convirtieron en los principales partidos políticos del país. Los comunistas habían desempeñado un importantísimo papel en la resistencia, y un eventual gobierno de este signo era la única preocupación del Vaticano en cuanto a una posible variación del Tratado de Letrán.

4. Tittman, Harold H., *Inside the Vatican of Pius XII: The Memoir of an American Diplomat During World War II*, Image Books, Nueva York, 2004.

LA AMENAZA ROJA

Los comunistas italianos eran fuertes y no sentían especial cariño hacia el Vaticano. Su líder y fundador, Palmiro Togliatti, tenía una biografía muy intensa: detenido en varias ocasiones durante el fascismo, huyó a Francia en 1926. Fue secretario general del Partido Comunista italiano desde 1927 y uno de los secretarios del Komintern, actuando en España bajo los seudónimos de Alfredo y Ercole Ercoli. Pasó la mayor parte de la guerra en Moscú como invitado personal de Stalin y dirigiendo emisiones radiofónicas a la resistencia italiana. En las elecciones de 1948 se perfilaba como el gran favorito para alzarse con el triunfo. Orador excepcional, hablaba de convertir Italia en la nación de los trabajadores y daba esperanza a un pueblo castigado por la pobreza. Togliatti, que había participado en los gobiernos de concentración nacional previos a la instauración de la república, no sólo suponía un peligro para los intereses diplomáticos del Vaticano en Italia, sino también para los económicos, ya que abogaba por la nacionalización de las empresas del Instituto de Reconstrucción Industrial, en las que la Santa Sede tenía importantes inversiones. Además, existía un peligro añadido: el gran número de armas que habían quedado en manos de los antiguos partisanos y que daban a los comunistas un poder que no tenían otras formaciones políticas.

En la nueva Italia, con una más que endeble tradición democrática, el Vaticano iba a tener una influencia decisiva en muchos aspectos políticos.⁵ Para empezar, Bernardino Nogara, a través de una agencia denominada Acción Católica, dirigida por el doc-

5. Geppert, Dominik, *The Postwar Challenge: Cultural, Social and Political Change in Western Europe, 1945-1958 (Studies of the German Historical Institute, London)*, Oxford University Press, Oxford, 2003.

tor Luigi Gedda —uno de los enlaces, junto al cardenal Spellman, entre la CÍA y la Santa Sede—, se encargó de que a la Democracia Cristiana no le faltaran fondos gracias a una financiación procedente de las arcas de la Santa Sede. Claro que siendo el más importante, el Vaticano no era, ni mucho menos, el único mecenas de Acción Católica.

Tanto o más que el papa, el gobierno de Estados Unidos estaba preocupado por el relevante papel del Partido Comunista en la vida política italiana, la organización comunista más importante en ese momento fuera del Imperio soviético. Sabiendo que la Democracia Cristiana era la única baza viable que podían interponer para evitar el eventual ascenso de los comunistas al poder, el gobierno estadounidense envió importantes remesas económicas a Acción Católica.⁶ Todo este apoyo, más una campaña de reclutamiento casa por casa, se tradujo en que Acción Católica alcanzase en poco tiempo los cinco millones de afiliados.

HOLLYWOOD Y LOS CABALLEROS DE MALTA

Mientras, en Estados Unidos la Iglesia católica comenzó una campaña mediante panfletos y homilías dictadas desde los pulpitos en las que se urgía a los italoamericanos a que aconsejasen a sus familiares en Italia que votaran en contra de los comunistas. La campaña demócratacristiana contó con el apoyo de celebridades de Hollywood como Frank Sinatra, Bing Crosby o Gary Cooper, que, a través de la radio, pedían abiertamente el voto para el partido de Alcide de Gasperi.

En este empeño también colaboraron los servicios de inteligencia estadounidenses, primero la Oficina de Servicios Estraté-

6. Cooney, John, *op. cit.*